

No Matarás

Acerca de la
política y la
violencia

AA. VV.; No Matarás, Acerca de la
política y la violencia, Volumen I –
1° edición – Mallín Ahogado:
ermosa enajenada, 2013.
120 pp.; 14 x 10 cm.

Obra original de tapa:
Micael Rodrigué
michaelrodrigue.blogspot.com.ar

¡Cópiale este libro!

*Sos libre de copiar, imprimir, regalar y
vender este libro siempre y cuando
menciones las fuentes.*

No hecho ningún depósito
ordenado por ninguna ley.
¡Seamos libres!

Libro artesanal, cosido a mano.

//

ermosaenajenada.wordpress.com

Prefacio

Al publicar estos textos buscamos introducir en el debate político y en las charlas cotidianas ciertos aspectos del pasado que muchas veces quedan relegados. Al estar mayormente enfocados en una visión del pasado, y, a veces, del tiempo todo, que solo ve error en *los otros*, aquellos que nos identificamos con el campo popular y de la justicia social, nos olvidamos de hacer una autocrítica.

A muchos de nosotros, los hechos que aquí se relatan, nos pasaron muy lejos en el tiempo pero no por eso debemos mantenernos al margen de la conversación. Es sumamente rico el charlar con nuestros predecesores, interrogarlos, consultarlos y cuestionarlos para así nutrir nuestras ideas y emprender nuestros caminos.

Con un profundo deseo de que esta semilla de pensamiento y reflexión brote, crezca y dé nuevas semillas ponemos a disposición general esta serie en la que abarcaremos, de la manera mas amplia posible las distintas repercusiones del debate en torno al No Matarás.

En este primer volumen recopilamos la entrevista realizada a Héctor Juvé, la carta enviada por Oscar del Barco y las primeras respuestas aparecidas en La Intemperie.

Testimonio de Héctor Juvé*

Primera Parte: La guerrilla

*Yo no amo la vida, sino la justicia,
que está por encima de la vida.*

Albert Camus: Los Justos. Acto
Primero

*Lo primero que nos dijo fue, “Bueno, aquí
están: ustedes aceptaron unirse a esto y ahora
tenemos que preparar todo, pero a partir de
ahora consideren que están muertos. Aquí la
única certeza es la muerte; tal vez algunos
sobrevivan, pero consideren que a partir de
ahora viven de prestado.”*

Relato del primer encuentro del grupo
inicial del EGP con el Che Guevara,
realizado por Ciro Bustos a Jon Lee
Anderson

El testimonio, el relato del que vivió un acontecimiento, del que comparte su vivencia aún sabiendo que puede ser intransferible, suele ser un profundo gesto de generosidad y de responsabilidad

* Versión reducida de la entrevista videograbada por Abril Schmucler y Ciro del Barco en Agosto de 2004. ●

para con los otros: los contemporáneos que no vieron el suceso, o las generaciones siguientes, que quieren saber, entender y reconocer lo que hicieron o dejaron de hacer aquellos que los precedieron. En algunos casos, ese gesto busca –quizás– darle sentido a una experiencia tal que amenaza con no dejarse nombrar por las palabras.

Una vez estabilizada la revolución Cubana, el Che Guevara intenta crear un foco guerrillero en el norte argentino, con la intención, una vez arraigado, de dirigirlo personalmente.

Durante poco más de medio año, el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) –un grupo de no más de 20 personas, entre los que se incluían varios cordobeses–, sobrevivió con extremas dificultades en el monte salteño. No llegaron a realizar ningún operativo. Cuando la gendarmería lo desarticuló, ya había varios muertos; algunos de ellos producto de fusilamientos realizados por el propio grupo.

Publicamos en este número la primera parte del testimonio de Héctor Jouvé, participante del EGP: desde que decide integrarse hasta que cae preso. En el próximo número, el tiempo de su larga prisión y sus reflexiones sobre lo vivido que significan un aporte fundamental para el debate de la izquierda en la Argentina.

Héctor Jouve: A principios de los sesenta, luego de una serie de golpes, contragolpes, elecciones que se

hacían y después se borraban, y de pensar que no se planteaba ninguna alternativa seria para los cambios revolucionarios en la Argentina, la revolución cubana nos movió el piso a todos. Fue como aire fresco, lejos de la cosa ritualizada al estilo soviético, lejos de la imagen de los soldados rusos marchando con cara seria. Fue otra cosa, la gente participaba con entusiasmo. Eso fue –creo–, lo que más incidió en esos tiempos en nuestro país, tiempos en los que de alguna manera nos preparábamos para la guerra, influidos por el proceso internacional: Cuba, Argelia, Indochina, Mozambique, Angola... Ahora ¿qué llevó a cada uno a unirse a la guerrilla? No sé, a mí personalmente me impactaron mucho algunas cosas de la Segunda Guerra Mundial. No solamente la masacre espantosa, sino particularmente los campos de concentración, la matanza de judíos, y las bombas de Hiroshima y Nagasaki. En aquellos años resultaba increíble que en un minuto murieran más de doscientas mil personas. No se había hablado nunca de esa bomba, no se sabía que podía existir un artefacto tan infernal. Y por eso fue como un despertar violento, que atropellaba cualquier esquema que pudiera tener una persona en la cabeza. Por otro lado, yo venía de una familia unida –éramos 5 hermanos– y en mi casa por ahí no había zapatos pero siempre había libros; y también había conocido a un viejo interesantísimo, yo

lo llamo mi abuelo postizo, porque me enseñó muchas cosas: que había llegado en un barco a los 16 años, solo, que en la época del peronismo venía a escuchar las informaciones de Radio Porteña a mi casa –transmitía los precios del mercado de Liniens– y debajo de los huevos que vendía llevaba el Nuestra Palabra, el diario del Partido Comunista. Y bueno, él me adoptó de algún modo... yo no era antiperonista, para nada, tampoco era peronista... tiraba más bien para el anarquismo, leía a Bakunin, Kropotkin, porque la biblioteca del club del barrio tenía esos libros. De todas maneras en el golpe del '55, yo me definía como perocomunista. ...y me interesaba qué pasaba en Rusia, tiraban un discurso que parecía el que uno quería... Y luego fue la militancia en el Movimiento por La Paz, la Juventud Comunista, y todo ese proceso que parecía abrumador –la revolución cubana, la liberación de Argelia, etc.–, como si realmente el mundo fuera para ese lado. Incluso miraba el mapa y me decía “pucha, voy a pintar de rojo los países que ‘ya están’” y claro, la mancha roja se había extendido un montón...

Bueno, eso me preparó a mí personalmente para ir... y luego la militancia en el PC, donde creo que lo que más me golpeaba era el esquematismo, la ausencia de discusión, parecía que la diferencia era un desacato a la autoridad. Y por otro lado algunas

cosas que salieron en Nuestra Palabra realmente lamentables: hablar de manifestaciones de masas en el Día de la Paz en Córdoba en aquellos años, 62, 63... cuando habíamos sido 5 los que estábamos en el acto... a mí me parecía una cosa que no tenía sentido. Tal vez porque pensaba que la política había que hacerla de cara a la gente, que no había que mentirle. ¿Cómo les vamos a mentir? Es lo mismo que torturar en nombre del socialismo, me parece ridículo. Pero bueno, todo eso, nos llevó a algunos a comenzar a pensar en otra cosa. Y comenzamos a juntar dinero, a comprar armas y a planificar algunas cosas. La idea nuestra era rural y había un muchacho que tenía un Willy de la Segunda Guerra Mundial. Pensábamos que lo primero que había que hacer era ir a ver qué había en el norte, como el eslabón más débil del desarrollo social y económico del país. Así que empezamos a preparar el viaje, a preparar el Willy, y de pronto, aparece Ciro Bustos que nos pregunta si alguno iba a subir: era para mañana, para el día siguiente. Y nos contó que estaba todo preparado, que había armamentos, comunicaciones, gente entrenada, y que ellos estaban reclutando gente, que habían explorado la zona del norte argentino, un poco más al norte de adonde habíamos decidido ir nosotros. Y yo dije vamos, y el grupo se acopló... Y partimos en un tren de esos que iban al norte, lento, cargado de gente, y con to-

das las cosas que podían cargar arriba... Y llegamos a Orán, ahí tuvimos que esperar hasta el día siguiente para conseguir un colectivo que cruzaba la frontera, por un lugar que se llama Aguas Blancas. Esa noche pernoctamos en Bermejo y al día siguiente seguimos viaje en un camión. Había otros tres chicos que iban ya con sus atuendos de guerrilleros: pantalón con bolsillos grandes tipo ranger, borceguíes. Llegamos a Tarija. Ahí esperamos 3 o 4 días, hasta que una tarde apareció Hermes Peña, que era el jefe de escoltas del Che Guevara en Cuba, y Federico Méndez, un chaqueño que falleció hará unos 5 o 6 años... y con ellos salimos para una finca que quedaba a unos 60 u 80 kilómetros y ahí empezamos a entrenar. Entrenamos desde el 25 o 28 de agosto hasta el 21 de septiembre, que volvimos a entrar en Argentina. Debemos haber sido 9 compañeros, y fuimos subiendo hacia el lado de Orán. Ese primer tiempo, dentro de todo, las cosas andaban bien. Por ahí alguno se cansaba más que otro, pero nada más... en un momento nos quedamos sin agua porque pensábamos que el río estaba más cerca, y hubo un incidente con uno de los chicos que venían de Bs. As., que se empezó a poner mal, muy mal, no podía caminar. Al día siguiente fuimos a un lugar donde había un depósito de YPF, nos juntamos con unos paisanos, había gallinas, bananas –había una plantación de bananas– y ese día

comimos arroz con gallina. Después cruzamos el río Pescado, que está en la provincia de Salta pero no lejos de Humahuaca. En ese lugar tomamos un obraje. Había algunas personas que estaban esperando que les dieran coca y alcohol para irse, porque no les pagaban un peso, y había una señora que estaba enferma, y la atendió uno de los muchachos de Bs. As, Pirincho, y bueno, les hablamos a la gente de lo que estábamos haciendo. Y de ahí salimos un poco más arriba, siempre para Orán. Iba a llegar más gente de Córdoba y había que esperarlos en la zona. Justo ese día se hace el juicio a Pupi (Adolfo Rotblat), un juicio en el que yo no participé. Cuando llegamos, Masetti, que era el jefe, nos comunica que lo iban a fusilar. Yo le pregunto por qué. Y me dice cosas como que el Pupi no andaba, que en cualquier momento nos iba a traicionar, que andaba haciendo ruido con la olla, que andaba desquiciado. Yo pienso que estaba muy mal, que se había quebrado, pero no vi que representara un peligro. Me dice “Bueno, entonces vas a ser vos el que le de un tiro en la frente”. Yo le digo que no le voy a dar un tiro en la frente a nadie y mi hermano me dice que me calle la boca. Y la cosa quedó ahí... estaba mi hermano y estaba un muchacho que está en Cuba ahora, Canelo, así que... se hizo la ejecución. Yo no estaba, porque salí con el grupo nuevo, que no sabía de esto, y los llevé a caminar por la

sierra. Cuando llegué, las cosas ya habían pasado, todo seguía. Creo que algunas caras habían cambiado.

De ahí seguimos, siempre hacia el norte, cruzando el río Santa María, hasta que vimos una casa, que era de un capataz del ingenio tabacal, de los Carro Costas, y de ahí llegamos a un pueblito que se llama Aguas Negras. Preguntamos quién era el intendente o encargado. Le contamos lo que veníamos haciendo y nos dejó un poco de dinero para comprar semillas, que nos iban a hacer falta en el campamento. Esto debe haber sido a fines de octubre. Nos señaló que siguiendo un sendero llegaríamos a la casa de su cuñado. Ahí dejaron que nos quedemos. Fumamos y todos se empezaron a acercar, así que convidábamos cigarrillos a todos, chiquitos, grandes, todos fumábamos... colgamos las hamacas, hicimos de comer y los invitamos. Escuchamos una nena que lloraba y lloraba, le preguntamos al padre qué le pasaba a la chica. El padre dice “y, la nena está pa’l hoyo”, ¿cómo pa’l hoyo? “y sí, ya enterramos dos”. Y nos cuenta: “la primera, la llevamos al médico porque lloraba igual, y se nos murió en el hospital porque esperamos mucho. La segunda se nos murió en el camino. Y a ésta ¿para qué la vamos a llevar si igual se va a morir?”. Como nosotros llevábamos algunos antibióticos y esas cosas la atendimos... al otro día estaba fenómeno. Además

le dijimos que no le podían dar loco, que la nena era muy chiquita. Como había una vaca, le dijimos que le dieran leche. “no –nos dicen– esa vaca es muy mala”. Así que luchamos con la vaca hasta que le sacamos un poco de leche. Les explicamos que haciendo eso todos los días iban a poder darle leche a la nena, y le dimos algunas indicaciones: que le dieran verdura pisada, etc. Y después seguimos viaje y nos fuimos al primer campamento estable que tuvimos, que duró dos meses y pico. En ese campamento se hizo el primer refugio para guardar armamentos, y sirvió también para base de exploraciones. Había tres pibes de Córdoba, jovencitos, que se sintieron mal. Se los acompañó hasta la ruta para que se fueran. A ése lugar fue dónde llegó Pancho Aricó, porque formaba parte de un grupo de apoyo que funcionaba, me parece, como funcionó el grupo de apoyo en el gobierno de Alfonsín: no para estar en el orden de los fierros sino para decir políticamente algunas cosas. El primer número de Pasado y Presente, el artículo editorial está de algún modo dedicado al EGP. Evidentemente en ese artículo Pancho, evocando a Gramsci, habla de la Voluntad Revolucionaria. Una revolución no se hace sola, hace falta una voluntad para hacerla. Un poco justificando el voluntarismo de esto que era la idea foquista de la revolución. Discutieron bastante con

Masetti, yo no participé de esas discusiones, pero supongo que acordaron algunas cosas.

En ese campamento había a veces discusiones políticas... a mí me habían dado la responsabilidad sobre eso, era como el “comisario político”, y en cuanto al asunto de informaciones, en la finca de Bolivia habíamos aprendido Morse, a codificar mensajes... Así que, bueno, yo me ocupaba de esas cosas.

Periodista: ¿Cuántos eran?

Hj: Y debemos haber sido alrededor de 20. Se iban, llegaban nuevos... después no quedaron tantos. No me acuerdo bien. También vinieron a ese campamento dos muchachos que eran bancarios, otros que habían sido delegados petroleros, gente que estuvo en el PC en el sur, en Caleta Olivia, y vinieron otros chicos jóvenes, entre ellos Álvarez, que también venía del PC, pero tenía una conducta tan extraña... él es quien trae de la mano a los dos policías que se incorporan al grupo en el momento de la caída del campamento. Habían llegado, creo, el día anterior.

P: ¿Qué era exactamente lo que hacía Cuba?

Hj: Bueno, todo el armamento, el apoyo financiero... más que de Cuba era un operativo del Che... el Che estaba interesado en que eso comenzara, que eso empezara a moverse, El Che mandó a la Argentina a la misma gente con la que quería estar luego

en Bolivia, lo mandó a Hermes Peña, a Castellanos, que era su chofer, a Papi Martínez Tamayo...

Y en ese campamento uno de los muchachos bancarios, que no sé cómo podía andar en la montaña, no tenía ninguna habilidad, creo que nunca había salido de la oficina, después se quebró... creo que a todos les hizo mal ese quebrarse. Ya se había ido Pirincho, también. A Pirincho lo habían mandado a pasar un cargamento de armas, desde Uruguay a Bs. As, y como los padres tenían un yate, agarró el yate y se fue para otro lado. Nunca más supe de él. Y bueno, también se hace un juicio contra él, el muchacho bancario (Bernardo Groswald). Ese juicio termina en un fusilamiento. Estuvimos todos cuando se lo fusiló. Realmente me pareció una cosa increíble. Yo creo que era un crimen, porque estaba destruido, era como un paciente psiquiátrico. Creo que de algún modo somos todos responsables, porque todos estábamos en eso, en hacer la revolución. Al otro día, o a los dos días, salimos con los muchachos que eran del sur, eran unos tipazos, salimos para Santa Cruz de la Sierra, un pueblito que está sobre la montaña y al que se llega por caminitos que se han ido haciendo canales por el paso de la gente desde tiempos ancestrales, canales que ahora tienen una profundidad de unos dos metros. Y nos encontramos con un hombre que fue a buscarnos, le dije que le mandaba muchos saludos el Coman-

dante, que quería saber cómo estaba, y nos trajo para comer una pata charqueada, entera, hasta la pezuña, y traían cosas para comer que se las llevamos de vuelta a los compañeros.

Ya de vuelta esquivamos la casa de la nenita que habíamos curado porque vimos huellas. Yo estaba seguro de que el campamento estaba perdido, estaba seguro y se lo dije a Papi, y él me dijo que pensaba lo mismo, que teníamos que levantarlo lo antes posible. Y seguimos hacia abajo, en una disposición distinta, mirando para todos lados... y vimos las huellas, que estaban frescas, habrían sido del día anterior, huellas de alpargatas, y los gendarmes son los que andaban de alpargatas, y en lugar de ir para el campamento, el camino que hicieron ellos, fuimos para otro arroyo, y cuando más avanzábamos fuimos encontrando mensajes: que habían detenido a los paisanos, que después los habían largado, que Diego estaba herido, y que habían metido dos canas y que estaban presos Del Hoyo, Frontini, Castellanos...

Llegamos al campamento donde estaban los que habían sobrevivido, vimos a Diego herido, que estaban sin comida... lo que traíamos nosotros duró lo que dura un helado a la salida del colegio, como decía Castellanos. Ahí se produce el derrumbe, se hace una reunión para ver hacia dónde se iba, si hacia arriba, con el herido, o hacia la ciudad de

Yuco que era la que íbamos a tomar el 18 de marzo, pero ya no para tomarla, sino para conseguir alimento. A mí me pareció que podíamos ir hacia arriba dejando algunos compañeros con Diego, y llegar a Pampichuelo, un pueblo en las nacientes del río Piedras. Ése río es el único río en el que no vi ningún pez... no había nada, y tampoco se veían animales de caza. Y empezamos a subir, hasta un lugar en el que nos separamos cuatro compañeros que empezamos a trepar la montaña, para pasar un desfiladero, y fuimos hacia la naciente del río. Ahí se nos perdieron unas tres pavas del monte que no pudimos cazar porque estábamos mal. Tenía tanta bronca Masetti que después vio un pajarito y le tiró y le sacó la cabeza... Ahí decidimos separarnos, me ordenó que baje y que después suba a buscarlo con otros compañeros, que él iba a seguir buscando comida. A todo esto ya habían muerto Marcos, César... y Diego estaba muy mal. Subimos por una grieta, y llegando casi a la punta Antonio Paul se cae, y yo no lo pude alcanzar. Cayó en caída libre... había llovido, estaba todo mojado. Alcancé a agarrar la correa de su mochila, pero se me escapó. No teníamos fuerzas, por el hambre terrible que pasábamos. Antonio cayó unos 30 metros y yo me caigo hacia otro lado, hacia una corriente de agua que me chupa, una playita que mirábamos desde arriba y le llamábamos “el lugar de la muerte” (yo

le había dicho a Hermes, mirando desde arriba: “mirá, tan bello, y sin embargo es el lugar de la muerte”) y mi caída fue de esas historias rarísimas, que uno cuenta y le dicen qué estupidez... porque no me pasó nada prácticamente, no me ahogué, casi no me golpeé... no sé cuánto estuve abajo del agua. Pero realmente era un momento placentero, bien placentero, era una sensación de no peso, como que nada pesaba, ni el cuerpo, ni las piernas, ni los sentimientos, ni los pensamientos, nada, nada... era un estado de... no sé qué cosa parecida... como un estado de placer puro, un estado puro, sin sensación de tiempo, de espacio... y no tragué agua. Yo tengo la sensación de que respiraba, pero no estoy seguro, porque ¿cómo voy a respirar abajo del agua?, pero lo cierto es que aparecí bastante más abajo y me sacó de ese estado Alberto Castellanos... estaba cerca del campamento. Entonces vuelvo, y lo encuentro a Antonio moribundo, y él me dijo “bueno, de todas maneras, de acá o salimos ganando o salimos con los pies para adelante, así que... no te hagás problema, de todas maneras vamos a ganar”. Le faltaban vértebras, por lo menos la quinta vértebra no estaba... Antonio agonizó durante cuatro horas y yo, como ya no tenía morfina, le metí una caja de supositorios de Dolex. Estaba todo fracturado... tenía fracturas desde la base del cráneo hasta... bueno, en todo el cuerpo. Estuvo

cuatro horas, con crisis convulsivas, y estuvimos hablando hasta que murió.

Luego me junto con Jorge y con Alberto, y Dieguito estaba muriéndose. Lo enterramos y la verdad que yo no estaba en condiciones de volver a subir la montaña, estaba muy mal, tenía un edema de hambre, se me había hecho un colapso en el intestino, perdí mucha masa muscular.

P: ¿Cuánto tiempo había pasado desde que subieron al monte?

Hj: Entramos en agosto y esto fue ya en abril. Mucho tiempo. Y sin comer fue desde que yo los contacto a ellos, que fue en los primeros días de marzo... y ya cuando vi la huella no comimos más. Ya llevábamos 30 días sin comer, y caminando sin parar. Y ya no podía caminar. Entonces decidimos bajar a ver si encontrábamos a la otra gente... y en la bajada, después de tanto tiempo, aparece un bicho en el río y yo le pego en la columna, no sabíamos qué bicho era... lo arrastramos como pudimos, y lo cuereé con un cortaplumas de esos que tienen de todo, destornillador, tijerita... Era un paquidermo, tenía un cuero gruesísimo. Bueno, digo, “lo primero, las vísceras: comamos el hígado, los riñones” mientras improvisábamos una parrilla con palos. Y por fin comimos algo, pero lo mismo quedé mal, tenía los intestinos a la miseria...

Cuando llegó Hermes, al tercer día, la carne no se podía comer porque se había podrido. Hermes traía un poco de yerba y preparó un mate cocido, que creo que fue la comida más gloriosa que comí en mi vida. La cuestión es que con Carlitos –que venía con Hermes– comenzamos a bajar para ir al campamento que yo no conocía, donde habían estado ellos antes, cuando fueron en el primer viaje. Y llegamos ahí y estaban saliendo ya los compañeros, creo que era el 12 de abril, y pensaban volver en 2 días.

Y al segundo día de que habían salido, yo estaba casi sin poder moverme ya, estaba tirado al pie de un reborde del río, empiezo a escuchar voces que no me gustan, y me acerco a un cinturón en el que tenía dos granadas y en ese momento siento que me salpicaba barro en la cara y manoteo una de las granadas y recibo un patadón en las costillas... eran los gendarmes. Y me empezaron a golpear, me desmayaron. Era imposible que no me desmayara, si estaba hecho una piltrafa. Después hacen un simulacro de fusilamiento. Y al día siguiente nos llevan. Hay un gendarme que después fue guardia cárcel en Salta y que renuncia a la gendarmería por lo que vio esa noche en el campamento. Se impresionó mucho. Esa noche quedó de guardia y nos vio tan mal que nos tiró un par de cigarrillos. También nos trajo en una lata de duraznos una sopa de tomate,

otra comida gloriosa... ¡qué rica!. Estábamos desnudos, con una manta arriba.

Al día siguiente salimos para Orán, ahí estuvimos varios días: desde el 14 o 15 de abril hasta el 20 de junio. Después nos trasladan a la cárcel de Tucumán.

Segunda Parte: Tiempo de cárcel y reflexiones posteriores

Hj: En la cárcel nos torturaron bárbaramente, no de manera científica, fue brutal. Culatazos en la cabeza, patadas, muy cruel... no murió ninguno de casualidad. Nos tenían aislados en unas habitaciones que estaban en la parte de delante de la guardia, y por ahí cuando te llevaban te decían “tomá el fusil y andate”. Algunos eran muy nazis, pero otros eran buenos tipos. Y un día, debe haber sido entre los primeros días de junio, cae el General Alsogaray, Julio Argentino Alsogaray, que era, creo, comandante en jefe de las fuerzas armadas. Aparece y me pregunta qué cigarrillos fumo. Le digo “Máximos”, que era una marca del norte, y me dice “cómo vas a fumar esa porquería”. Y sí, le digo, fumo eso. Yo estaba desnudo, y mandó a un cabo que me buscara ropa. Me hizo desatar, estábamos solos. Manda traer un cartucho de particulares. No, le digo, con dos cigarrillos me sobra. Salvo que le den un paquete a cada uno. Después me pregunta qué tomo, si tomo whisky o cognac... Yo pensaba que me iba a fusilar. Y me trajeron cigarrillos y un cognac después de tantos días en los que nos habían dado de comer sólo una cabeza de vaca podrida, sopa llena de gorgojos, pan viejo... con decirte que llegué a pesar 48 kilos. “¿Y cómo estás?” me dice.

Yo estaba azul, no había piel que no tuviera un color azul, violeta. “No quiero saber nada de las actividades”, me dice, “no me interesa eso”. “Usted Juvé tiene un perfil muy parecido al de mis hijos. Hemos hablado con sus profesores de la secundaria, y sabemos que usted era muy buen alumno, muy buena persona, que terminó el bachillerato a los 16 años. Fuimos a la universidad, también sabemos que hizo una carrera impresionante hasta que entró al servicio militar y ahí paró, que su papá era un tipo muy respetado en su pueblo, un tipo recto, laborante, muy estimado, honesto. No me diga que esto es porque su mamá lava ropa”... “No, no es por eso”, le digo. “No es por ninguna de esas cosas”. “Bueno –me dice–, pero a mí me interesa saber por qué entró a la guerrilla, porque mi hijo se parece mucho a usted”. Y yo le dije “mire, en un país donde se habla de democracia, después de unas elecciones donde un tipo que puede ser bueno o malo pero que ganó con la proscripción de la mayoría, no entiendo de qué democracia hablamos. En la escuela nos enseñan eso, nos hablan de libertad, nos hablan de justicia, y viene la masacre de José León Suárez ¿qué quiere que piense?” Y le empecé a plantear un montón de cosas, durante diez minutos, sobre la justicia, sobre la libertad, sobre la igualdad de posibilidades, etc. Y me dice “¿Y usted qué cree que puedo hacer con mi hijo?” “Y –le

digo— no lo mande a la escuela o prohíbale a los maestros que le den Educación Cívica, porque si es una persona decente, y estudia eso, no se va a quedar sin hacer nada”. Resultó después que el hijo de Alsogaray murió en Tucumán. Lo mató Bussi. Estaba en Montoneros o en ERP. Y el otro se exilió en México, fue el que le pegó a Astiz, en un boliche de la costanera.

De Tucumán nos llevaron a Salta. Ahí ya podía hacer cosas, hicimos juguetes en la carpintería, también hicimos muebles. Yo le hice una cuna a mi hija, qué sé yo, hacíamos cosas, teníamos la posibilidad de entretenernos, de leer un poco el diario, de recibir discos y libros... Así que ahí fue bastante bueno, digamos. Mi señora se había ido al Uruguay, tenía orden de captura, pero va a la visita y no la meten en cana, así que empieza a visitarme seguido. En el 68 queda embarazada, y nació Tania Camila, mi hija. Luego se viene para Córdoba. En esa cárcel era otra cosa, tenías tiempo de pensar, podías escribir, nos hacían reportajes... Casi todas las entrevistas de esos años se caracterizan por cierta soberbia, como que nos sentíamos dueños de todas las verdades. Creo que eso nos caracterizó no sólo a nosotros sino a todos los que apoyamos procesos insurreccionales. Yo no estaba de acuerdo con eso, porque Fidel había dicho que no podíamos conver-

tir a la corriente socialista en una iglesia con papas, popes, obispos y curas, y yo pensaba lo mismo, que era muy parecido a una religión, yo pensaba que lo que queríamos era un poco como construir el paraíso en la tierra, esta Revolución que era el punto de llegada, que era el lugar donde todos íbamos a ser felices. Y además, que lo íbamos a hacer nosotros. Después de un tiempo de estar adentro, esas cosas me llamaban más a la reflexión. En realidad las primeras críticas fueron al foco, concretamente a lo nuestro, a la preparación de ese foco, ya después las críticas fueron apuntando más para otras cosas: ¿era el camino armado el camino correcto para construir una sociedad diferente? Después, cuando nos juntamos con otra gente en la cárcel de Resistencia también, veíamos lo que se venía, el desarrollo de nuevas fuerzas sociales como el peronismo del '73, en donde Montoneros tenía una buena posibilidad de avanzar un poco más de lo que avanzó. La llegada de Perón, el acto eleccionario que lo confirma, desacomoda bastante el panorama y yo opinaba que había que guardar los fierros y hacer política. Y esperar. Pero bueno, se hicieron varias operaciones grandes y eso fue complicando todo. Es decir, los militares aprovechaban eso... yo creo que la inteligencia militar siempre tentó al ala armada de los grupos, siempre le regaló cosas para poder golpearla, no sólo para poder golpearla sino

para hacer que sea hegemónica sobre la política. Y bueno, la política de alguna manera fue desapareciendo. Mientras, nosotros estábamos en la cárcel, rodeados de compañeros que iban encarcelando en ese tiempo, con los que podíamos hablar de esas cosas.

De resistencia nos mandaron a Rawson, ahí las organizaciones armadas les prohibieron a algunos compañeros hablar con nosotros, salvo los changos de La Calera, Luis Rodeiro, Ignacio Vélez y algunos más, porque estaban en disidencia. Teníamos mucha charla con la gente del Peronismo de Base, de las FAR. Y nos mandaban embajadores, para que los otros no se contaminaran, mandaban a los más firmes.

En Rawson estábamos en pabellones celulares, y era todos los días más o menos lo mismo: los presos se agrupaban de acuerdo a las distintas agrupaciones de las que eran parte y cantaban sus himnos y canciones cuando se leía en el diario quién había hecho la última operación... pero de política casi no se hablaba. Para casi todos la política era algo del otro lado, era de burgueses. Un solo preso leía los diarios y los otros escuchaban, eso fue cuando vino Perón en noviembre, y como era yo el que leía, y a mí me hartaban con las canciones de victoria, entonces yo leía primero las noticias políticas, después las económicas, después las deportivas,

después los avisos clasificados y recién al último leía las operetas militares. Era mi pequeña venganza. Fuimos a parar al pabellón de los quebrados, donde nos encontramos con Rodeiro, con Vélez... y bueno, yo digo que los últimos días tuvimos un pabellón tranquilo... y a la semana salimos.

Todavía los primeros años de encierro seguía pensando que la idea del foco guerrillero era una vía válida, durante el 66, 67. Pero ya cuando el Che estaba en Bolivia, Castellanos me dijo “ahora vas a ver lo que es un Comandante” y yo le dije “yo creo que el Che está perdido” porque estaba aislado. “No, no”, me dice, “vos no sabés los recursos que tiene el Che”.

Y cuando muere el Che ya tenía una cosa bastante elaborada sobre la guerrilla, la lucha armada... yo la había conocido desde adentro y los milicos habían aprendido tanto como nosotros, y tal vez un poco más... sabíamos que ellos podían llegar a las brutales más espantosas para obtener información... Pero sobre todo criticaba la concepción del foco como vía para la revolución en cualquier lugar. En algunos lugares podría andar, como en China, Vietnam y en Cuba... pero siempre contamos las revoluciones que triunfan, ¿y las que no triunfan? Hubo muchas, claro... son muchísimas más las que no triunfaron que las que triunfaron. Y muchísimas

más las que terminaron en masacre. Es decir que cuando empezamos a contabilizar lo que había andado y lo que no había andado, pensamos que tenían que darse condiciones sumamente particulares para que se lograra el desarrollo de una lucha política y social violenta que terminara en la toma del poder. A esa altura del partido yo me preguntaba: ¿y después del poder, qué? O sea, si tomamos el poder, si son algunos compañeros que están acá con nosotros los que toman el poder, nosotros nos vamos a tener que ir o nos van a fusilar. Si ya nomás somos quebrados por pensar distinto. Después llegamos a una charla, creo que estaba el Oscar (Del Barco) y el Kichi (Samuel Kiczkowski), estaban muy en montos, me acuerdo, y yo les decía que eso no era mejor, o estar en cualquier organización armada, todo eso estaba invalidado, que no era una guerra sino que era el juego del vigilante y el ladrón... eso fue en el 73, 74... creo que habían pasado suficientes cosas como para suponer que eso no era posible; sí era posible lo que ocurrió en el Rodrigazo, es decir, fijate que el golpe contra Isabel Perón no viene por las acciones de la guerrilla, viene después del Rodrigazo, cuando en Buenos Aires los trabajadores le pasan por encima a la burocracia sindical, desconocen el mandato de Lorenzo Miguel, de Isabel... bueno ahí se viene el Golpe, porque hay un verdadero cuestionamiento del poder,

es decir, la gente en la calle. Después vienen los grupos de militantes, como después de los hechos del 2001, donde las asambleas populares primero fueron populares en serio, la gente salía a la calle y no tenía una visión política, salía desde la bronca, desde el rechazo de algo que le resultaba insoportable. Pero luego vinieron los militantes, les tiraron discursos, vinieron con las banderas y la gente se fue. Es decir, todo eso me ha ido llevando, a mí por lo menos, y coincidimos con bastantes compañeros, a otro tipo de ideas. No sé cómo construiremos el socialismo, no sé. Tampoco sé si hoy es posible, no sabemos para dónde vamos.

Y ahora hay una cantidad de cambios para que no cambie nada. Porque este es un sistema que va cambiando cosas, va revolucionando un montón de cosas todos los días para que no cambie nada, para que la esencia misma del sistema siga siendo igual. Por ejemplo: todas las grandes empresas, tienen fundaciones, que hacen obras de caridad, que les pagan a Greenpeace, a Médicos sin Fronteras, a un montón de organizaciones donde trabaja gente sana, desinteresada, que van para ayudar a gente que sufre... como nosotros quisimos hacer la revolución nuestra, la íbamos a hacer para que la gente viviera bien. Pero pienso que lo mejor de la juventud estuvo también en las luchas obreras, que lo

hacían para que sus compañeros vivan mejor. Digo... la gente que se puso a hacer algo por el otro... pero eso que pasa hoy donde las grandes corporaciones multinacionales están apoyando proyectos para los chicos de la calle, para esto, para lo otro, estas cosas, antes no existían. Después de haber desangrado pueblos enteros para hacerse multimillonarios, te arman una fundación y parte de eso que han saqueado a la gente lo devuelven en obras de caridad. Estos son los cambios de los que hablo. Las ONG son compradas por esos organismos, porque son los que les tiran la guita para que hagan lo que hacen, entonces se convierte en un negocio más ¿me entendés?, esto es lo que ha logrado el capitalismo. Te dicen: “vos tenés todas las libertades, podés optar por lo que vos quieras”... ¿te vas a hacer feminista? Sí, no hay problema, hacelo, te ponemos el Banco Mundial y te pagamos. ¡El Banco Mundial les da guita a los grupos feministas! ¿Para los derechos humanos? ¿Lucha contra el racismo? ¡Pero claro que sí!, acá hay guita: se la pone el Banco Mundial o se la pone cualquier fundación de las grandes corporaciones. Pero no te metas con otras cosas. No vayas a querer demostrar que haría falta vivir de otra manera, que no vamos a ningún lado sino al que ellos quieren, que no podemos decidir hacia dónde queremos ir. Esto de comenzar a pensarnos desde otro lugar... de todas maneras no

podemos evadir la alienación, hasta nos han hecho creer que si no tenemos la multiprocesadora Moulinex somos infelices, entonces, la gente sufre por lo que no tiene. Y yo me pregunto ¿cómo van a sufrir por lo que no tienen, si tienen un montón de cosas de las que podrían disfrutar? Pero bueno, no importa, lo que tenemos no lo disfrutamos y lloramos por lo que no tenemos. Entonces ¿cuál es el placer más grande de la gente, hoy? Ir al hiper, cargar los carros y salir con un montón de cosas, ¿por qué? Porque nos hemos convertido en “monos recolectores”. Toda esta alienación, toda esta segmentación social llevada casi al infinito, todo este sistema alienado donde todo se mezcla en una cosa que es insoportable: se mezcla el chorro de la esquina con el piquetero de cualquier corriente, se mezcla el secuestro con los marginados, entonces ahora son todos delincuentes y por portación de cara te llevan preso. Entonces hacé todo lo que quieras con los derechos humanos, pero no te metás a cuestionar el sistema porque ahí te cortamos las manos.

De todas maneras hay que hacer cosas. No creo que vayamos a cambiar el mundo, a lo mejor esto se vuelve absolutamente insoportable, a lo mejor esta irracionalidad absoluta hace que se vuelva tan tan irracional a los ojos del ciclón que provoque que las multitudes hagan otro tipo de cosas y que podamos hacer algo, o podamos articular un dis-

curso que permita construir otro tipo de sociedad. Tal vez como decía Oscar del Barco, que es lo que siempre intento, tenemos que empezar a vivir de otra manera. Vivir de otra manera y salir de este circuito que es absolutamente perverso, donde todas las opciones que nos dan son falsas, porque las opciones verdaderamente importantes, no están. Las de adónde queremos ir, no están. Vamos a donde nos llevan. Y yo creo que eso es lo terrible, pero no creo que podamos hacer nada desde la guerrilla armada. Tal vez haya algún momento en que se pueda dar una situación como la de los bolcheviques en la Rusia de 1917. Tal vez se dé ese momento en que todo es posible... yo creí que ese momento era el 25 de mayo del '73, porque los canas nos hacían la V de la victoria cuando íbamos en el colectivo desde Ezeiza a Capital. Yo dije “pucha qué momento”, me acuerdo de la gente, de la cantidad de gente... cuando me subieron al balcón para que hable, y yo miré y me asusté tanto, tanto. Había tanta gente que no sabía dónde terminaba esa multitud, así que dije cuatro pavadas y me tiré para atrás. Era impresionante, nunca había visto tanta gente junta. Pero bueno, era el momento, tal vez un Lenin en ese momento hubiera hecho otra cosa, pero hay que ver, si llega el momento, y estamos, tal vez podamos hacer algo por el cambio. Si no, no sé cómo se irán articulando las cosas. De todas ma-

neras yo coincido con algunas cosas del subcomandante Marcos, sobre todo en que la revolución no es un punto de llegada, que es un camino, un modo de vivir. Hoy pienso que es así, que la revolución es una manera de estar en el mundo.

Yo creo que si estamos atentos a lo que pasa posiblemente podamos hacer más cosas para que cambie el mundo. Creo que sí, que se va a poder, que no termina acá la historia. Pienso en el equipo de la revista, por ejemplo, están haciendo algo, y no tanto por lo que dicen si no por el hecho de estar juntos, de juntarnos para hablar, para pensar, para ver si alguna vez logramos articular ese discurso que permite otras cosas. Eso es lo único que hemos podido mantener, eso de juntarnos para hablar, de encontrarnos, con alegría. Eso es indispensable. Porque yo creo que Descartes se equivocó cuando dijo “pienso, luego existo”, no es así el ser humano... el ser humano es un animal que puede razonar, pero puede razonar porque es emocional, si no hubiera emociones, no pasa un pito. Sería una roca. Quiero decir que solamente a partir de la emoción pudimos descubrir el lenguaje, la cultura, todo.

Cuando nos han invitado a hablar sobre estas cosas que hemos vivido, por ejemplo los de H.I.J.O.S. nos han invitado varias veces, y fuimos con Rodeiro, Losada, Vélez, y otra gente también, he escuchado

hablar de heroísmo y de un montón de cosas y eso siempre me pone mal. Porque esos chicos que perdieron a sus padres, si tratan de emular ese camino... pienso que eso está agotado, que no anduvo bien, que no salió bien. Y me dicen que fue porque se hicieron mal las cosas, y yo digo que no, mirá, 70 años de socialismo en la Unión Soviética, desde el 47 en China, pregunto: ¿eso era el socialismo? “Bueno, porque lo hicieron mal”, me dicen. ¿Y vos creés que lo vas a hacer bien? ¿Vos creés que la gente que lo hizo mal era gente malintencionada? ¿O sale mal por otra cosa, porque directamente eso no era socialismo? Entonces ¿qué es el socialismo? Porque eso no fue, y Lenin mismo lo dijo antes de morir en 1920 –en esos escritos que casi nadie pudo leer porque estaban secuestrados–, que tendremos que conformarnos con un capitalismo de estado para desarrollar la cultura... ahí es cuando le escribe cartas a los intelectuales de Europa occidental y les escribe para que fueran a ayudar a desarrollar la cultura del pueblo ruso. Dice “éste es un pueblo asiático, qué socialismo se va a desarrollar en un pueblo asiático”, su planteo era la posibilidad de que fueran los obreros los que dirigieran este proceso de modernización. Eso fue, un proceso de modernización. Pero desde ahí, se tomó el poder, con las ideas que muchos todavía hoy creen que son las únicas posibles. Y yo decía que no, que al

poder no lo tenemos que raptar porque va a ser una dictadura de nuevo, porque es calcada de lo otro, es la misma ideología. Entonces, no sé cómo se hará, no tengo ni idea.

P: Dijiste “existir” de otra manera...

Hj: Sí, asociarnos de otra manera, ¿cómo puede ser que nos asociamos sólo para negociar, cómo puede ser que no nos podamos asociar para otras cosas, para compartir otro tipo de cosas? Digo, reconstruir los vínculos sociales, la red social que está destruida.

P: Empezar en cada individuo...

Hj: Sí, en cada individuo, pero hasta abrir el diálogo con el otro, articulando las experiencias, me parece que eso es importante. Dice Maturana que una cultura es una red de conversaciones. Y yo creo que podemos ayudar a instalar otra red de conversaciones. Y dentro del marco del progresismo, yo creo que más que definiciones, podemos empezar a hacer buenas preguntas. Para ver qué estamos haciendo, y si hacemos buenas preguntas posiblemente logremos instalar una nueva red de conversaciones. Pero si no, vamos a seguir repitiendo lo mismo. Aún se escuchan comentarios, ideas, discursos de los años '60: no puede ser que no se den cuenta de que ya cayó el muro de Berlín, que China es un país capitalista de primera línea, que Vietnam se

fue a los caños, no puede ser que no hayan tomado nota de lo que pasó en el mundo. Que vivimos en un mundo globalizado, pero lógicamente globalizado, porque el capitalismo tiende a la globalización. Yo creo que recién ahora está empantanado porque no tiene donde seguir haciendo sus beneficios, salvo concentrarse, concentrarse y volverse fascismo. También hay bastantes reservas no fascistas en el mundo, pero siguen pensando lo mismo, yo veo que siguen pensando que la única salida es la toma del poder, y a cada movimiento social se le cuelgan atrás los grupos revolucionarios para indicarles el camino de la toma del poder y de la revolución. Ésta es la cultura que estamos viviendo. Pero ¿será posible guiar a los que puedan instalar una nueva red de conversación haciendo nuevas preguntas? A mí por lo pronto me parece importante que la gente se junte, que podamos preguntarnos cosas.

Carta de Oscar del Barco

Señor Sergio Schmucler:

Al leer la entrevista con Héctor Juvé, cuya transcripción ustedes publican en los dos últimos números de *La Intemperie*, sentí algo que me conmovió, como si no hubiera transcurrido el tiempo, haciéndome tomar conciencia (muy tarde, es cierto) de la gravedad trágica de lo ocurrido durante la breve experiencia del movimiento que se autodenominó "Ejército Guerrillero del Pueblo". Al leer cómo Juvé relata sucinta y claramente el asesinato de Adolfo Rotblat (al que llamaban Pupi) y de Bernardo Groswald, tuve la sensación de que habían matado a mi hijo y que quien lloraba preguntando por qué, cómo y dónde lo habían matado, era yo mismo. En ese momento me di cuenta clara de que yo, por haber apoyado las actividades de ese grupo, era tan responsable como los que lo habían asesinado. Pero no se trata sólo de asumirme como responsable en general sino de asumirme como responsable de un asesinato de dos seres humanos que tienen nombre y apellido: todo ese grupo y todos los que de alguna manera lo apoyamos, ya sea desde dentro o desde fuera, somos responsables del asesinato del Pupi y de Bernardo.

Ningún justificativo nos vuelve inocentes. No hay "causas" ni "ideales" que sirvan para eximirnos de culpa. Se trata, por lo tanto, de asumir ese acto esencialmente irredimible, la responsabilidad inaudita de haber causado intencionalmente la muerte de un ser humano. Responsabilidad ante los seres queridos, responsabilidad ante los otros hombres, responsabilidad sin sentido y sin concepto ante lo que titubeantes podríamos llamar "absolutamente otro". Más allá de todo y de todos, incluso hasta de un posible dios, hay el *no matarás*. Frente a una sociedad que asesina a millones de seres humanos mediante guerras, genocidios, hambrunas, enfermedades y toda clase de suplicios, en el fondo de cada uno se oye débil o imperioso el *no matarás*. Un mandato que no puede fundarse o explicarse, y que sin embargo está aquí, en mí y en todos, como presencia sin presencia, como fuerza sin fuerza, como ser sin ser. No un mandato que viene de afuera, desde otra parte, sino que constituye nuestra inconcebible e inaudita inmanencia.

Este reconocimiento me lleva a plantear otras consecuencias que no son menos graves: a reconocer que todos los que de alguna manera simpatizamos o participamos, directa o indirectamente, en el movimiento Montoneros, en el ERP, en la FAR o en cualquier otra organización armada, somos responsables de sus acciones. Repito, no existe ningún

"ideal" que justifique la muerte de un hombre, ya sea del general Aramburu, de un militante o de un policía. El principio que funda toda comunidad es el *no matarás*. No matarás al hombre porque todo hombre es sagrado y cada hombre es todos los hombres. La maldad, como dice Levinas, consiste en excluirse de las consecuencias de los razonamientos, el decir una cosa y hacer otra, el apoyar la muerte de los hijos de los otros y levantar el *no matarás* cuando se trata de nuestros propios hijos. En este sentido podría reconsiderarse la llamada teoría de los "dos demonios", si por "demonio" entendemos al que mata, al que tortura, al que hace sufrir intencionalmente. Si no existen "buenos" que sí pueden asesinar y "malos" que no pueden asesinar, ¿en qué se funda el presunto "derecho" a matar? ¿Qué diferencia hay entre Santucho, Firmenich, Quieto y Galimberti, por una parte, y Menéndez, Videla o Massera, por la otra? Si uno mata el otro también mata. Esta es la lógica criminal de la violencia. Siempre los asesinos, tanto de un lado como del otro, se declaran justos, buenos y salvadores. Pero si no se debe matar y se mata, el que mata es un asesino, el que participa es un asesino, el que apoya aunque sólo sea con su simpatía, es un asesino. Y mientras no asumamos la responsabilidad de reconocer el crimen, el crimen sigue vigente.

Más aún. Creo que parte del fracaso de los movimientos "revolucionarios" que produjeron cientos de millones de muertos en Rusia, Rumania, Yugoslavia, China, Corea, Cuba, etc., se debió principalmente al crimen. Los llamados revolucionarios se convirtieron en asesinos seriales, desde Lenin, Trotzky, Stalin y Mao, hasta Fidel Castro y Ernesto Guevara. No sé si es posible construir una nueva sociedad, pero sé que no es posible construirla sobre el crimen y los campos de exterminio. Por eso las "revoluciones" fracasaron y al ideal de una sociedad libre lo ahogaron en sangre. Es cierto que el capitalismo, como dijo Marx, desde su nacimiento chorrea sangre por todos los poros. Lo que ahora sabemos es que también al menos ese "comunismo" nació y se hundió chorreando sangre por todos sus poros.

Al decir esto no pretendo justificar nada ni decir que todo es lo mismo. El asesinato, lo haga quien lo haga, es siempre lo mismo. Lo que no es lo mismo es la muerte ocasionada por la tortura, el dolor intencional, la sevicia. Estas son formas de maldad suprema e incomparable. Sé, por otra parte, que el principio de no matar, así como el de amar al prójimo, son principios imposibles. Sé que la historia es en gran parte historia de dolor y muerte. Pero también sé que sostener ese principio imposible es lo único posible. Sin él no podría existir la sociedad

humana. Asumir lo imposible como posible es sostener lo absoluto de cada hombre, desde el primero al último.

Aunque pueda sonar a extemporáneo corresponde hacer un acto de constricción y pedir perdón. El camino no es el de "tapar" como dice Juan Gelman, porque eso –agrega– "es un cáncer que late constantemente debajo de la memoria cívica e impide construir de modo sano". Es cierto. Pero para comenzar él mismo (que padece el dolor insondable de tener un hijo muerto, el cual, debemos reconocerlo, también se preparaba para matar) tiene que abandonar su postura de *poeta-mártir* y asumir su responsabilidad como uno de los principales dirigentes de la dirección del movimiento armado Montoneros. Su responsabilidad fue directa en el asesinato de policías y militares, a veces de algunos familiares de los militares, e incluso de algunos militantes montoneros que fueron "condenados" a muerte. Debe confesar esos crímenes y pedir perdón por lo menos a la sociedad. No un perdón verbal sino el perdón real que implica la supresión de uno mismo. Es hora, como él dice, de que digamos la verdad. Pero no sólo la verdad de los otros sino ante todo la verdad "nuestra". Según él pareciera que los únicos asesinos fueron los militares, y no el EGP, el ERP y los Montoneros. ¿Por qué se excluye

y nos excluye, no se da cuenta de que así "tapa" la realidad?

Gelman y yo fuimos partidarios del comunismo ruso, después del chino, después del cubano, y como tal callamos el exterminio de millones de seres humanos que murieron en los diversos *gulags* del mal llamado "socialismo real". ¿No sabíamos? El no saber, el hecho de creer, de tener una presunta buena fe o buena conciencia, no es un argumento, o es un argumento bastardo. No sabíamos porque de alguna manera no queríamos saber. Los informes eran públicos. ¿O no existió Gide, Koestler, Víctor Serge e incluso Trotsky, entre tantos otros? Nosotros seguimos en el Partido Comunista hasta muchos años después que el Informe Krutchev denunciara los "crímenes de Stalin". Esto implica responsabilidades. También implica responsabilidad haber estado en la dirección de Montoneros (Gelman dirá, por supuesto que él no estuvo en la Dirección, que él era un simple militante, que se fue, que lo persiguieron, que lo intentaron matar, etc., lo cual, aun en el caso de que fuera cierto, no lo exime de su responsabilidad como dirigente e, incluso como simple miembro de la organización armada). Los otros mataban, pero los "nuestros" también mataban. Hay que denunciar con todas nuestras fuerzas el terrorismo de Estado, pero sin callar nuestro propio terrorismo. Así de dolorosa es lo

que Gelman llama la "verdad" y la "justicia". Pero la verdad y la justicia deben ser para todos.

Habr  quienes digan que mi razonamiento, pero este no es un razonamiento sino una construcci3n, es el mismo que el de la derecha, que el de los Neustad y los Grondona. No creo que ese sea un argumento. Es otra manera de "tapar" lo que pas3. Muchas veces nos callamos para no decir lo mismo que el "imperialismo". Ahora se trata, y es lo único en que coincido con Gelman, de la verdad, la diga quien la diga. Yo parto del principio del "no matar" y trato de sacar las conclusiones que ese principio implica. No puedo ponerme al margen y ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, o a la inversa. Yo culpo a los militares y los acuso porque secuestraron, torturaron y mataron. Pero tambi3n los "nuestros" secuestraron y mataron. Men3ndez es responsable de inmensos crímenes, no s3lo por la cantidad sino por la forma monstruosa de sus crímenes. Pero Santucho, Firmenich, Gelman, Gorriar3n Merlo y todos los militantes y yo mismo tambi3n lo somos. De otra manera, tambi3n nosotros somos responsables de lo que sucedi3. Esta es la base, dice Gelman, de la salvaci3n. Yo tambi3n lo creo.

Lo saludo.
Oscar del Barco

Carta de Carlos Keshishián

No existen valores fuera de la Historia

Dos días después de la aparición de *La Intemperie* (conteniendo la carta de Oscar del Barco, en la que proclama el carácter sagrado del hombre a través una axiología formal y ahistórica, pletórica de enunciados prescriptivos, abstractos y generales), Mariano Grondona en su programa dominical invitaba a la viuda del capitán Viola para que relatará con qué crueldad guerrilleros del ERP ultimaron a su esposo. Naturalmente olvidó preguntar que hacía el capitán Viola en Tucumán y naturalmente no se olvidó de remarcar la existencia de dos demonios, utilizando sin eufemismos reiteradamente esa figura.

El tratamiento del tema de la muerte, en el marco de la lucha entre concepciones antagónicas, no puede ignorar que cuando se enfrentan intereses irreconciliables, la lucha política es de alguna manera una guerra. Lo es hoy cuando a pesar del crecimiento de la explotación y la exclusión social, no abundan los signos de rebeldía organizada. Lo era mucho más en los años setenta cuando crecía en los pueblos la esperanza de una sociedad diferente, cuando las llamas de sudeste asiático alumbraban

un camino de revolución y estimulaban a una generación de jóvenes y a pueblos enteros, que en Asia, África y América, concebían una sociedad en la que hallarían su definitiva manumisión social.

Las diferentes experiencias no estuvieron exentas de errores, los que en muchos casos las condenaron al fracaso. En Argentina los grupos que asumieron posiciones combativas pecaron por **voluntaristas y sectarios**. El voluntarismo indujo a una percepción de la realidad no como ella era sino como querían que fuese y el sectarismo los condujo al aislamiento no solo del resto de las militancias sino del pueblo mismo. Pero sus errores no habilitan a demonizarlos del modo que lo hace Del Barco. Es por lo menos una inmoralidad política poner en la misma categoría a los asesinos al servicio del imperalismo y movilizados por los Estados opresores y a los miles de torturados, humillados y asesinados, que en el mundo sufrieron y sufren por su anhelo de un mundo mejor.

Hoy es más evidente que entonces que al enemigo no se lo combate con resistencias ghandianas ni con pasos tibios y dubitativos. La firmeza con que la revolución cubana se defiende de las permanentes acechanzas a la que es sometida, indica el camino. Aunque para evitar las tentaciones de emprender atajos históricos es preciso saber que la única forma de tomar el poder es construyéndolo con la

solidez que le proporciona el protagonismo popular. Esa es la diferencia entre el terrorismo y la acción revolucionaria: **La toma del poder supone la construcción de poder.**

En el número 11 de *La Intemperie* se publicó una entrevista al académico chileno Carlos Pérez Soto, en ella expone con claridad una visión dialéctica de la realidad, basada en una lógica en la que las relaciones son más reales que los términos relacionados. Bajo la denominación de “**relaciones constituyentes**” alude al antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. La existencia de ambas surge de una relación que las constituyen: *la relación de explotación*. **Por plantearse en términos antagónicos, la resolución de sus contradicciones no puede prescindir de la violencia:** “...si la explotación es una relación constituyente, y lo constituido como universo social, lo está de manera antagónica, arribo a la conclusión: la única manera de salir de esa situación es una revolución.” Agrega luego “*Los marxistas revolucionarios lo que estamos proponiendo no es iniciar una guerra sencillamente porque ya estamos en guerra. Las clases dominantes llaman paz a los momentos en que van ganando la guerra. La paz de las clases dominantes es esa guerra que constituye la lucha de clase y la*

única salida a la lucha de clases es la revolución”.

El enunciado “*la violencia es siempre igual a la violencia*”, visto desde la Lógica constituye una identidad formal pre y anti dialéctica (A es igual a A); visto desde la Ética se inscribe en el más vulgar neokantismo, que antepone los valores abstractos a las leyes históricas. Pero no es mi intención ingresar en un debate filosófico sino señalar las imputaciones injustas y reaccionarias que conlleva el mensaje epistolar que nos ocupa.

Expresiones como las usadas por Del Barco me hacen recordar a Saramago que escribía: *“Una de las lecciones políticas más instructivas, sería saber lo que piensan de sí mismos esos millares de individuos que en todo el mundo tuvieron algún día el retrato de Che Guevara a la cabecera de la cama o en la sala donde recibían a los amigos. Algunos dirían que la vida cambió, que Che Guevara, al perder su guerra, nos hizo perder la nuestra. Otros confesarían que se dejaron envolver por una moda del tiempo y sonreirían por haber creído. Los más honestos reconocerían que el corazón les duele, que sienten el movimiento perpetuo de un remordimiento, como si su verdadera vida hubiese suspendido el curso y ahora les preguntase, obsesivamente, adonde piensan ir sin ideales ni esperanza, sin una idea de futuro que dé algún sentido al presente”.*

Personalmente me siento identificado con los últimos, pero con la esperanza de un futuro menos sombrío, aún en el terreno empantanado de incertidumbres en el que nos movemos. Y agrego la convicción de que las condiciones objetivas, la crisis irremediable del sistema, se reflejarán mas temprano que tarde en la conciencia de los pueblos.

Carlos Keshishián

Carta de Alberto Parisí

Estimado Sr. Director:

Le escribo en relación a la *carta del lector* aparecida en el número 17 de *La Intemperie*, escrita por el filósofo Oscar del Barco. Como usted mismo lo anticipa, sus palabras están destinadas a generar un amplio debate. Creo que no se equivoca. Le envío mi participación, mis primeras impresiones, al menos. Más allá del respeto personal e intelectual que tengo por Oscar del Barco, quiero expresar que su escrito me decepciona. Por la importancia del tema tratado y la trayectoria de quien lo ha abordado, uno estaba casi obligado a esperar reflexiones que abrieran el campo del debate y no lo cerraran de manera tan problemática.

En primer término, la carta de Oscar oscurece peligrosamente la discusión sobre lo que en Argentina dio en llamarse “la teoría de los dos demonios”. Como se sabe esta expresión surgió durante el gobierno de Alfonsín, para simplificar de modo lamentable los hechos trágicos sucedidos desde 1976 hasta 1983. Según esta “teoría” dos grupos políticos violentos se habrían enfrentado en su disputa por el poder político, llevando obviamente las de ganar aquel que disponía del aparato represivo estatal. La

derecha argentina no se equivocó cuando le llamó “guerra sucia”: “guerra”, porque el enfrentamiento había sido entre dos *ejércitos* y “sucia” por las condiciones específicas del contendiente que emergía y se escondía dentro de la sociedad misma (lo cual implicaba darle un *tratamiento específico*: la tortura sistemática de todo grupo sospechoso, desapariciones, agresión abierta a la propia sociedad, etc.). Como ha sido señalado, la cuestión de los “dos demonios” se cuela incluso en el informe de la Conadep, el “Nunca Más”, que comienza con estas palabras: “Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda...”. Si Alfonsín promovió el juicio a los integrantes de las juntas que comandaron la dictadura fue porque entendía que uno de los dos contendientes había desvirtuado gravemente la función del Estado, convirtiéndolo –debido a sus usos y métodos– en una banda depredadora y volviéndose por ello mismo en uno de los dos “demonios”(el otro ya estaba dado por supuesto). Ahora bien, si Del Barco piensa que “podría reconsiderarse la teoría de los dos demonios”, ¿en qué está pensando? ¿Ello supondría aceptar que efectivamente hubo una guerra, que peligraba el orden institucional o la integridad territorial de la Argentina? Responder a esto con claridad es esencial: si aceptamos la tesis

de la “guerra sucia” y la teoría de los “dos demonios” tal como fueron enunciadas, parecieran no tener otro desenlace que la tragedia que envolvió a nuestro país; así se desprende de las enseñanzas de los militares franceses que actuaron en la guerra de Argelia y los “instructores” norteamericanos de la Escuela de Las Américas (ambos grupos maestros directos de los genocidas argentinos). Con su discurso creo que Oscar del Barco no aporta nada a un esclarecimiento de esta problemática, a no ser más oscuridad.

Ahora bien, y esto es lo segundo que quiero señalar: pienso que en realidad no es este el derrotero por el cual Del Barco desea llevar su reflexión y expresar lo que más le importa. Es desde la consideración del otro “como absolutamente Otro” –cuestión que piensa a partir del filósofo lituano-francés E. Levinas, autor enraizado fuertemente en la tradición religiosa judía– que toda muerte que se produzca en un “escenario público” (político-social) es, por definición, un **crimen**. Un crimen que atenta contra un mandato divino: el *no matarás*. Para Levinas ello se funda en Dios, por lo que creo que Oscar no debería decir “más allá de todo y de todos, incluso hasta de un posible *dios*, hay el *no matarás*”. Pienso que debería escribir “Dios” así, con mayúscula, porque allí está el origen y la fuente de lo que denuncia. Estaría, además, en todo su derecho. Aho-

ra bien, juzgar sobre la vida y la muerte de los seres humanos que vivimos e interactuamos en sociedades ancestralmente desiguales y conflictivas, sociedades que han evolucionado y se han edificado sobre la vida de millones de víctimas, posicionándose en la abstracta generalidad de un mandato religioso, conlleva el riesgo de un juicio fundamentalista, no ya sobre las revoluciones y el siglo XX, sino sobre toda la historia de los humanos. Obviamente no es el rechazo al “no matarás” lo que planteo en mi cuestionamiento, sino el modo como, retornando a las formas más clásicas del pensamiento metafísico-religioso, Oscar del Barco se instala en una suerte de mirada fundamentalista que le permitirá, por ejemplo, caracterizar a **todos** los dirigentes revolucionarios como “asesinos seriales”. ¿Qué ocurriría si con ese mismo patrón le pidiéramos que ponderara las gestas del cura Morelos en la independencia de México, de Túpac Amaru frente al terrorismo colonialista español, de San Martín y Bolívar respecto de la independencia sudamericana, etc.? ¿Fue un “asesino serial” Thomas Münzer cuando encabezó en el siglo XVI uno de los tantos cruentos levantamientos campesinos que deseaban un destino diferente al que por centurias postró a los siervos de la gleba?

Al hablar de “fundamentalismo” no entro a juzgar subjetividades ni mucho menos hago de ello una

imputación personal. Sería poco serio y poco honesto. Lo que sí trato de puntualizar es *esa* mirada sobre la realidad y lo que creo son los fundamentos de la misma. El filósofo argentino Enrique Dussel (profundo conocedor de la obra de Levinas) ha escrito acerca de sus notables falencias para entender la dramática trama de lo político *real*, empírico. De últimas, lo que Dussel plantea es que Levinas carece de **mediaciones** para comprender el mundo de lo político, al situarse sólo en la *sustancia* de un mandato ético originario. Creo que es esta falencia la que hace del fundamentalista un discurso de la culpa y la condena. No nos hace avanzar en la **com-**
prensión del drama de la muerte humana, específicamente de aquella ligada a los conflictos sociales y políticos. Sólo condena el crimen, porque imagina una *historia ejemplar*, donde los conflictos y la muerte no pueden tener lugar (y por lo tanto, no deben tenerlo); pero es incapaz de adentrarnos en las lógicas concretas de la historia humana, donde la vida y la muerte están dramáticamente anudadas.

¿Cómo *desplazarse* del talante fundamentalista, para no seguir repitiendo –en una suerte de tiempo sin fronteras– que “...el que mata es un asesino, el que participa es un asesino, el que apoya aunque sólo sea con su simpatía, es un asesino”? Pienso –aunque de modo muy provisorio– que desanu-

dando lo que Oscar del Barco llama “la lógica criminal de la violencia”. Es decir, si dejamos de considerar la violencia como **un hecho absoluto e inmutable**. Si comprendemos que esa construcción humana llamada violencia no puede entenderse sino en los diferentes contextos de las infinitas historias que constituyen la historia humana. Que el lento avance moral humano ha sucedido cuando hombres y mujeres han comprendido y **consensuado** que la protección de la vida es socialmente un valor de gran estima. En otras palabras, cuando se ha aprehendido, interiorizado –en tiempos, medidas y contextos diferentes– el *habitus* del respeto por la vida (el cual es aun hoy, muy distinto en el mundo que vivimos). De últimas, el crecimiento moral no puede entenderse desligado del crecimiento político y social; mientras más la existencia humana se despliegue *articulada por acuerdos sociales de mayor calidad*, crecerá el aprecio por la vida. Pero en un proceso inverso al del discurso fundamentalista: no porque la historia deba adecuarse a un mandato ético primigenio (es decir, no de acuerdo a la vieja concepción teleológico-metafísica), sino a través de un lento y doloroso proceso de descubrimientos, construcción e interiorización de valores concretos que cada vez reconocemos como más esenciales para vivir *humanamente*.

Lo saludo atentamente.
Alberto Parisi

Carta de Luis E. Rodeiro

*En torno a Del Barco, Keshishián y La
Intemperie*

La dificultad del diálogo y algunas precisiones

El número con que *La Intemperie* cerró el año 2004 estaba lleno de debates potenciales, que ojalá puedan darse porque de esta manera la revista habrá cumplido su principal objetivo. Y he escrito la palabra debates, aunque lamentándolo, porque como dice un amigo sabio, quizá no hayamos alcanzado en el amplio campo de la izquierda la madurez para el diálogo, que es mucho más rico que el debate. Por cierto, me incluyo en la primera fila de los inmaduros. El debate es una confrontación, que muchas veces es saludable y necesario brindar. El diálogo es un intento de construcción. El debate supone un adversario; el diálogo, requiere un compañero con el que tenemos un “algo”, pequeño o grande, en común. Ciertamente, no somos ángeles –tampoco demonios– y nuestras vidas están atravesadas por la historia personal y colectiva de cada uno, de sus opciones, de sus aciertos o desaciertos y ello siempre pone algo de pasión en lo que pensamos, decimos, justificamos, planteamos, defendemos. Sin duda, un intento de diálogo puede concluir en un

debate, a pesar de todo, pero siempre requiere –creo– de una actitud inicial de cierta complicidad y apertura. Diálogo y debate son instrumentos con consecuencias distintas. En la última revista, por ejemplo, el excelente artículo de Diego Tatián sobre La Reforma Universitaria, no se propone un diálogo con Prudencio Bustos Argañaraz, sino lisa y llanamente una confrontación, porque parten de visiones distintas. Tatián denuncia el modo de razonar de esa derecha que reivindica la jerarquía, la tradición, la autoridad, la herencia, la religión y el conservadurismo moral. Es un objetivo distinto al diálogo. Y está bien que así sea.

Héctor Jouvé, el amigo sabio (por intensidad de vida) que cito al comienzo, durante dos números consecutivos de *La Intemperie*, nos ha relatado en una larga entrevista la experiencia, por momentos desoladora, por momentos desgarradora, siempre valiente, honesta, transparente, del EGP, el Ejército Guerrillero del Pueblo, la patrulla de Masetti y del Ché en Salta. Sus temas nos deberían haber convocado al diálogo, nos deberían haber exigido un ejercicio de pensamiento crítico. Cada palabra de Jouvé está cargada de temas que la izquierda debe asumir y reflexionar. Sin embargo, produce la reacción de Oscar del Barco, a quien tanto debemos precisamente en esos menesteres del ejercicio del pensamiento crítico, para plantear ahora desde un funda-

mentalismo místico, desde fuera del mundo, del tiempo, de la historia, pero recuperando la palabra como puñal, la exigencia de una suerte de “harakiri” previo, que cierra con su condena toda posibilidad de diálogo. No se puede, no hay posibilidades de diálogo, cuando lo que expresa no es un razonamiento, como él mismo lo reconoce, sino un acto de contrición, que es una experiencia personal e intransferible de un particular estado espiritual, respetable como acto humano, pero que además se lo exige con desbordada violencia verbal a todos los protagonistas y no sé por qué razones no reveladas en especial al poeta Juan Gelman. El relato de Juvé hubiera merecido mejor destino. El tema central de la violencia en la teoría y en la práctica de la izquierda merecía un marco de análisis más sereno, menos retórico. Tengo esperanzas todavía que nos animemos.

Pero no es todo. Porque a su vez, la decisión de la dirección de *La Intemperie* de publicar la carta de Del Barco, como un hecho natural de una línea editorial, pero cuyo texto circuló antes de la edición de la revista en ciertos medios intelectuales y de la militancia, principalmente porteños, que provocó una reacción de algunos compañeros y amigos que exigían censura real y hablaban de tratamientos psiquiátricos, como las de aquellos hospitales –digo yo– de triste memoria en la historia del socialismo.

Actitud que en algunos incluía la amenaza –luego concretadas– de quita de apoyo publicitario y de distribución. Reaccionaban así, con fundamentalismo “militante” al fundamentalismo “místico” de Del Barco. El relato de Jouvé, que merecía el diálogo, quedaba otra vez a la vera del camino, provocando el “debate” airado: los “harakiris” versus los “tratamientos psiquiátricos”.

Luis E. Rodeiro

Carta de Ricardo Panzetta

A propósito del testimonio de Héctor Jouvé

Sr. Director de *La Intemperie*:

En todo relato de un pasado que se ha experimentado, hay un recorte, una selección: cada relato aparece como el dibujo de un mapa con su mayor o menor valor, tanto para aludir al territorio real que describe, como para orientar alguna acción presente. El testimonio de Héctor Jouvé sobre la guerrilla en Salta¹ es un relato descarnado, en el que resulta evidente su voluntad de ser útil.

Mi primera afirmación ante este texto fue un gesto íntimo de gratitud. Había leído antes el libro de Daniel Ábalos, *Ideología y mito del EGP*, que consiste en una larga –a mi entender muy buena– y contextualizada entrevista a Jouvé. Ambos textos, el libro y el artículo, son versiones cartográficas. No deseo extenderme en el análisis comparativo, sino en el hecho de que el relato de la revista es posterior y más sucinto, por lo que es posible, conociendo ambos, comprender más fácilmente qué clase de alquimia aún ocurre en Jouvé.

¹ *La Intemperie*, N°15 y 16

El relato de “La guerrilla del Che en Salta” es el relato de un gran fracaso presentado sin eufemismos. Mucho del análisis que aún debemos sobre el foquismo en América Latina, está ahí: que la candidez y la emoción sincera no alcanzan a cubrir –y no es bueno que pretendieran seguir cubriendo– el desastre y la derrota, no debida sólo al accionar de los enemigos.

Luis Rodeiro ha hecho una impresionante constatación: “...la ‘inversión’ de nuestras luchas, de nuestros muertos, de nuestros torturados, de nuestros mutilados, de nuestros desaparecidos, tiene resultados demasiado módicos, en cuanto a ensanchar la justicia, en ampliar la libertad, en forjar una cultura solidaria. Demasiada sangre para tan poca revolución.” y se pregunta luego “¿Sólo en nuestras debilidades humanas, está el fracaso? ¿Los desvíos permanentes al autoritarismo, al totalitarismo, son sólo consecuencia de líderes perversos? ¿O hay algo en nuestras concepciones (en un nosotros histórico), en nuestros dogmas, en nuestra propia estructura organizativa que conlleva a la asfixia de nuestras ‘revoluciones’?”.²

Pero la entrega total de ayer es recuperada en el relato de Juvé en cuanto tuvo de gesto amoroso. En efecto, sin aquella honda sinceridad habría vinagre

2 *La Intemperie*, N°2

y comparaciones enojosas en vez de tanto deseo de seguir construyendo...

La alquimia es valiente, serena, esperanzada, y aún –40 años después– dolida. No reclama nada para sí, no es moralista en ninguna atribución a terceros: el mapa presenta las marchas en la montaña, hacia arriba y hacia abajo, acercándose o alejándose de la gente; las contradicciones sobre la elección del sendero; y lo que resulta más visible: los dos fusilados, los muertos de hambre y el amigo que se le escapa de las manos dejándole la correa y cayendo 30 metros al vacío. También está su propia caída al agua y su inmersión en un mundo ingrátido, que parece ser, sin embargo, poderoso como una bisagra. Es una alquimia dolida para quien su muerte no es ya un problema, sino su sobrevida a las muertes absurdas que de alguna manera intenta convertir en muertes con sentido.

¿Cómo reconocer hoy las voces que sostienen el espíritu fraterno sin repicar idénticas al momento en que fuimos derrotados? Creo que son aquellas que no sólo afirman, o dudan, sino aquellas que –con respeto y generosidad, pero nítidamente– niegan. No basta con afirmar el socialismo, no basta con afirmar nada; hay que señalar concretamente las formas de sometimiento que desean superarse.

¿Cuáles son ahora las voces que pronuncian más certeramente que antes la negación del capitalismo

y abominan con mayor eficacia toda dominación? Las de los náufragos y los que están en las fronteras, y hacen de su cuerpo el territorio de sus victorias.

“En la intemperie están los que dudan de viejas certezas...” –decía Rodeiro en el artículo citado-. Y también: “Los nombres ya no nos alcanzan, si no somos capaces de redefinir sus significados [...]Estamos a la intemperie, y quizá sea bueno para recuperar la templanza, para recuperar la historia y nuestra historia, sin techos que nos aprisionen”

“Nos hemos convertido en monos recolectores” dice Jouvé y describe los límites eventualmente permitidos haciéndole decir al poder: “hacé lo que quieras con los derechos humanos, pero no te metás a cuestionar al sistema, porque ahí te cortamos las manos”. Pero él quiere cuestionarlo todo, y “construir nuevas redes de conversaciones”, grupos de amigos hoy, no después de la toma del poder, sino ahora, en medio de la derrota formulando nuevas y más hondas preguntas, y construyendo una nueva cultura... No es un ingenuo, y sin embargo, propone algo simple.

Pareciera desear que la sociedad se contamine de ácratas y que la libertad sea contagiosa. Quiere una nueva cultura. ¿No es esta una desmesura, a tenor de la intemperie? Puede que lo sea; pero seguramente sería un despropósito si no fuese, precisa-

mente, planteado desde allí. Bajo techo, ‘nueva cultura’, sería una más o menos seductora vuelta de tuerca de la modernización; es decir, una actualización, no un cambio.

La conciencia de la condición humana se parece bastante a la del exilio radical. Es la intemperie. Pero también el lugar donde aparece –o no– la dignidad de la cual la vida se hace subsidiaria.

Reflexionando el testimonio de Jouvé, recordé la *Oración por la dignidad del hombre*, de Pico della Mirandola (s.XV): “...Te puse en el centro del mundo con el fin de que pudieras observar desde allí todo lo que existe en el mundo. No te hice ni celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, a fin de que –casi libre y soberano artífice de ti mismo– te plasmaras y te esculpieras en la forma en que te hubieras elegido...”

¿Será posible reiterarnos después de las derrotas? Sí, “...podrás degenerar hacia las cosas inferiores que son los brutos...” . No existe ninguna garantía. En el centro del hombre hay sólo indeterminación. No es posible apelar a ningún mandato último-genético. Ni siquiera el ‘no matarás’ que pretende Oscar del Barco como central.³ Si así fuera, habría un punto de apoyo seguro, final y originario a la vez, que daría el poder de contemplar y juzgarlo todo ahistóricamente. “...La naturaleza limitada

3 *La Intemperie*, N°17

de los otros se halla determinada por leyes que yo he dictado. La tuya, tú mismo la determinarás sin estar limitado por barrera ninguna...”.

En efecto, es posible reiterarnos históricamente. Pero también es posible la utopía. Por fin hemos dado la vuelta al mundo. En la época globalizada, sabemos que el único territorio solidario que existe es el que inventemos. Nunca la vigencia de la utopía ha sido tan absoluta como hoy.

Ricardo Panzetta

Carta de Daniel Ávalos

Sorpresas, intemperies y debate necesario

1.- Marzo del 2004. Sergio Schmucler reseña el documental “Los Rubios”. La hija de una pareja de desaparecidos inicia, cámara en mano, la búsqueda de los padres ausentes en el recuerdo de vecinos, militantes, escenarios. Una historia más de nuestra trágica historia. Pero el que reseña festeja una novedad: *“la mirada desprejuiciada de una joven que no está dispuesta a rendirle homenaje a sus padres desaparecidos, ni a reivindicar (ni reclamar) a la generación a la que pertenecieron (...) El film representa una ruptura en el sentido que no está al servicio del revisionismo que enaltece los setenta sin mediar reflexión”*. Sin conocer más que la reseña, ésta puso palabras a la percepción que poseo de mi trabajo de historiador. Un “no” testigo que intenta clarificarse y aportar a la clarificación de las ricas, complejas, heroicas, aventureras y trágicas décadas de los 60 y 70.

Tenía muy pocos años en marzo de 1976 y nula conciencia de lo que ocurría. Cuando la adolescencia, un poco la escuela y, sobre todo, cierta militancia política me acercaron al pasado próximo y macabro, me invadió el interés por esos tiempos y la

intuición que tamaña crueldad podía explicarse, también, por la naturaleza humana y política de los que ya no estaban. El interés sólo se sistematizó hace unos años. Pero aun antes, ya percibía que la sociedad y la universidad contradecían, en ciertos casos, una máxima de todos nosotros: la última no siempre era la burbuja autista, por el contrario en esos ciertos casos se correspondía absolutamente con los sentires y las actitudes de la sociedad toda. No se podía hablar del demonio Videla sin recurrir a la figura demoníaca de Firmenich que englobaba a tantos otros. Pero como el todo sonaba a injusto y contradecía ciertas posturas estéticas del momento, empezamos a consumir la imagen del desaparecido como un ser que mientras miraba televisión desapareció... sin que nunca sepamos las razones que lo convirtieron en blanco de los grupos de tareas. Los muy demócratas maestros (profesores o simples ciudadanos) reivindicaban al desaparecido negándoles una parte importante de su identidad, de sus luchas, de sus elecciones, de sus apuestas. Rodolfo Walsh no era un oficial de inteligencia Montonero, era solo el brillante intelectual que fue. No entendía a la muy demócrata, pero nunca casta, sociedad argentina y su necesidad de parcializar la mirada. No entendía el miedo al debate “*siempre postergado, siempre temido*” (Osvaldo Bayer) de ese periodo de nuestra historia. Tal vez por ello en

nuestros libros abundan dictadores y dictaduras y escasean revolucionarios y revoluciones. Tal vez por ello esa obsesión por la muerte y la derrota de una generación más no con la vida de la misma. Mi hipótesis inicial consistía en que dicha situación era el fruto de una tarea intelectual militante contra el olvido y la impunidad. Lo sigo creyendo, pero sin dudas algo más debe haber.

Por ello mi interés se dirigió a la historia de los hombres y mujeres que aterrorizaron a los jefes económicos y a los militares. Mi situación era y es la del ignorante que intenta comprender un periodo que para nosotros no está del todo esclarecido. Me refiero a un nosotros generacional, porque para muchos que nos anteceden las cosas parecen estar más claras bajo el argumento, inapelable, de la partida de nacimiento. Esa que nos informa que dichos años los encontraron con la edad suficiente para conocer la realidad de nuestro país. Es raro, muchos de ellos nos dicen que no sabían que la gente estaba desapareciendo. Tal vez por ello, aunque respetaba la condición de testigo y/o protagonista, me oponía en silencio al autoritarismo del “yo lo viví”.

Después de leer la carta de Oscar del Barco creo que debo ser más audaz. Un intelectual brillante, involucrado en la discusión y los movimientos de esos años, declara que los testimonios de Héctor

Jouvé sobre hechos acaecidos al interior del EGP (fusilamientos de guerrilleros por parte de sus compañeros) lo hicieron tomar conciencia de la tragedia que apoyó, en donde la muerte era un elemento de la ecuación. Y me pregunto cuanto influye este temor (que sin dudas trasciende a la persona del intelectual mencionado) y el éxito de la prédica alfonsinista de los dos demonios en el “debate postergado y temido”.

Pero estos descubrimientos se dan hoy y no en los 80, tal vez porque el debate abierto amenaza con entrar. Los testimonios de Jouvé son un ejemplo, pero no el único. Se empiezan a reeditar trabajos que tienen ese objeto o aparecen otros con similares intenciones. Valga recordar los 3 tomos de Anguita y Caparrós sobre la militancia revolucionaria de los 60 y 70 en donde podemos leer no sólo por qué se estaba dispuesto a morir, sino también a matar. El marco ideológico, político, social y los escenarios vendrían bien, de una buena vez, conocerlos mejor para rescatar “experiencias y paradigmas que han dejado un legado imperecedero”.

2.- La frase corresponde a otro artículo: “Construir poder o sucumbir a la intemperie”. Adhiero a la intención. La apuesta no es menor en tanto supone trascender la, también legítima, curiosidad histórica. No es menor porque el postulado parte de algo muy distinto a la historización absoluta que entiende los conceptos y las afirmaciones de un periodo

como válidas para el periodo que les dio origen. Rescatar experiencias y paradigmas supone no creer que los conceptos y afirmaciones sólo sean productos singulares de una ensalada irreplicable de hechos humanos.

Esta convicción, creo, forma parte del artículo que polemiza con Rodeiro y su metáfora a la “intemperie”. Nos alerta sobre los peligros de asumir ese espacio libre de dogmas y teorías como punto de llegada y no de partida. Nos alerta sobre rasgos anarco-liberales de Luis, lo cual deberíamos precisar. El anarquista francés Jean Grave escribió en 1896 “puesto que los años de nuestra vida están contados y la experiencia del pasado nos muestra que la humanidad pierde milenios en tales experiencias (se refiere al reformismo) nosotros queremos demoler para reconstruir según planes enteramente nuevos”. La impaciencia anarquista está muy lejos del Rodeiro que apuesta a los cambios culturales.

Por el contrario, si nos acercamos al neoanarquismo francés de los 60 y sus reivindicaciones de “alternativas particulares de existencia” en contra del partido propietario de la teoría, tal vez el alerta tenga más sentido. Adhiero plenamente al rechazo de esos tipos de partidos, pero me preocupa que en nombre del antiautoritarismo desemboquemos en encuentros espontáneos, asambleísmo vulgar o divisiones absurdas ante cualquier pluralidad teórica

que no suelen ser más que diferencias de opinión. Me preocupa que el estallido rápido reemplace a la organización, que no es incompatible con la más directa de las democracias. Pero los textos de Luis también me recuerdan otros conceptos, no precisamente anárquicos: el doble poder que defendiera Santucho en los 70. Luis Mattini lo definía como una disputa contra el poder burgués “*palmo a palmo*”. No en un sentido territorial sino político y de gobierno paralelo a partir del surgimiento de órganos sociales a nivel local. Claro que Santucho creía imposible la supervivencia de esos órganos sin la vanguardia revolucionaria, que con su fuerza militar los custodiara y les imponga conciencia revolucionaria.

En este sentido creo que el reclamo de precisión del autor es válido. Fundamentalmente porque las experiencias que a Rodeiro entusiasman son reales y protagonizan las luchas del presente. Son los grupos que se organizan a partir de demandas concretas. Que al reclamo acompañan una gestión increíble. Los que empiezan a producir (insularmente, es cierto) nuevos tipos de relaciones sociales y valores olvidados por la cultura del capital. El Movimiento Territorial de Liberación gestiona créditos y construye su centro habitacional. Las mujeres ocupan puestos antes monopolizados por hombres. Legalizan a inmigrantes llamados ilegales. Discuten criterios de adjudicación de viviendas en donde se ex-

cluye el tema dinero. Consideran la lucha cotidiana (en la calle) no solo una necesidad, sino también un deber ciudadano. Las experiencias son múltiples. Bien resume el sentido de muchas Ángel Lazo, vocero del Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE), que declara que no es cuestión única la redistribución de la riqueza sino también de “quitarle espacio al capitalismo sin pedirle permiso”¹. Las precisiones de Luis ayudarían a todos.

El artículo reclama también el cobijo de un proyecto político y solicita que desconfiemos de Hollaway (¿única fuente de Rodeiro?) y sus promesas de un paraíso que no precisa de la desagradable lucha por el poder. Sospecha de quien pregona que el sujeto revolucionario ya no es el proletariado sino la multitud, “un contrapoder indefinido”. Y yo desconfío de Hollaway por todo esto, pero no puedo dejar de preguntarme si el mesianismo obrero tiene vigencia y exclusividad, si nuestras incertidumbres no se relacionan con el hecho de que nuevos sujetos no terminan de mostrarse, si no es un reduccionismo ver en los excluidos a los viejos obreros por el hecho que muchos son ex trabajadores, sin observar que en la actualidad miles de excluidos nunca conocieron la condición de trabajador.

Supongo, entonces, que la preocupación por el proyecto político proviene de la actitud de intelectua-

1 *La Intemperie*, N° 8, p. 6

les y movimientos sociales que parecen no tener como prioridad la discusión sobre la política y el poder. Pero la política también es resistir y organizarse para sobrevivir a un orden que se empeña en negar esa posibilidad. También es elaborar una comprensión sobre las razones que explican la desesperada situación. Esas actividades se dan en muchas de las organizaciones que se declaran apolíticas y que ocupan un espacio público: la calle.

Si estas actividades políticas primarias, si es que pretendemos calificarlas, no parecen empeñadas en la elaboración de un proyecto colectivo que trascienda y englobe a las organizaciones puede deberse a la falta de puentes que articulen las luchas de los muchos que se lanzan contra lo mismo y por algo parecido, aun cuando parecieran no saberlo. Esos puentes en donde los intelectuales deberían jugar un rol importante todavía no aparecen o están escasamente desarrollados.

Por esto la propuesta de hegemonía gramsciana es seductora: la cultura que “ese grupo logra generalizar para otros segmentos sociales”. Esa dirección cultural, como diría Gramsci, es una tarea monumental y no excluye el tema del poder y del Estado, pero tampoco es sólo eso. No se trata solamente de dar a luz una voluntad colectiva capaz de crear un nuevo aparato estatal, sino la elaboración de una concepción nueva del mundo.

Esa tarea no compete solamente a las vanguardias. Compete a todos los que apuestan a transformar la realidad. Gramsci lo planteo. La cuestión de la hegemonía no está reducida al partido sino a “todas las instituciones de la sociedad civil que tienen algún nexo con la elaboración y la difusión de cultura”. Tampoco compete sólo a las tradicionales concepciones, sino a las nuevas: las que organizadas a partir de demandas no tienen prejuicios de alianzas con las clases medias y reivindican autonomía y horizontalidad. Son concepciones con una lógica distinta a las viejas y de allí la importancia del lugar sin techo, el cielo descubierto. De allí la necesidad de cuadros políticos, sindicales, intelectuales que se vuelquen a la construcción colectiva y no a la catequización en masa.

Héctor Juvé, en una larga entrevista que le realicé en octubre del 2002 sobre la experiencia del EGP, me decía cuando hablábamos del presente que no se trata de esto o aquello, sino de esto y aquello para volver a pensarnos, para redefinir los caminos, los objetivos. Creo que tiene razón, aun cuando el método represente un inconveniente: ponernos de acuerdo.

3.- Pero mientras pienso en el hoy apelando al pasado, a nuestro pasado, vuelven al pensamiento las ideas y palabras de Oscar del Barco en su carta al director. Su desencanto y culpa con una experien-

cia y un periodo que no respetó el mandato “no matarás” trasciende a la crítica puntual y se convierte en una acusación de asesinos seriales a Lenin, Trotsky, Stalin, Mao, Castro, Guevara que explicarían en parte el fracaso de los movimientos “revolucionarios” (entre comillas). La lógica del razonamiento (aunque Oscar del Barco niega que lo suyo sea un razonamiento) es extensiva al EGP, Montoneros, el ERP, Juvé o Juan Gelman. Pero no en el sentido de que compartían concepciones, sino una moral distorsionada.

Oscar del Barco disocia la moral de las concepciones porque la primera es inmanente, es decir está siempre presente aunque se complete en los sujetos. Por ello puede excluirla del proceso de construcción social. Tal vez por ello las concepciones que generaron y desarrollaron un determinado tipo de moral terminen mejor parada entre las causas de la derrota. Esas concepciones en donde el revolucionario esclarecido se siente facultado y lo facultan para decidir que es lo que está dentro o fuera de la revolución, sin que nos preguntemos los contextos y los hombres que generaron y mantuvieron esas concepciones.

Pero lo dicho no invalida tratar los hechos del EGP que consternaron a quien apoyó la experiencia. No es la primera vez que se valoran esos fusilamientos desde el mandato divino e inmanente del “no mata-

rás”. Gabriel Roth desarrolla estas explicaciones en su trabajo sobre el EGP. También se explicaron los mismos desde una postura instrumentalista: los males de la guerrilla (involución de los guerrilleros Pupi y Nardo) amenazaban el objetivo de la empresa guerrillera: la lucha por el poder. Roth lo explica apelando a las características conspirativas, cerradas, marginal de la guerrilla que aleja a sus miembros del debate obrero y las dirigencias abiertas, confinándolos al sectarismo y la intolerancia en donde el valor de las leyes disciplinarias tiene el poder de lo divino. Por mi parte, prefiero reducir, aquí, mi crítica a un elemento: la organización y las reglas del EGP se contradecían con el proyecto de sociedad que prometían.

Comprender por qué el camino fue tan distinto a los objetivos, en el EGP y en otros grupos, es parte de la tarea pendiente, del debate postergado y temido. Sumemos a esto los descubrimientos tardíos de errores y la siempre vigente teoría de los dos demonios y tal vez concluyamos que el debate es urgente, por simple curiosidad, pero también para rescatar lo imperecedero. Aprovechar el momento, los testimonios, los análisis, los sentires es imprescindible. Para enterrar lo que no sirvió y lo que hoy no serviría, para resucitar ideas y también para inventar otras.

Daniel Ávalos

Carta de Hernán Tejerina

Señor Director:

A mi estremecimiento espiritual frente a los testimonios de Jouvé, sumo el estremecimiento intelectual por las consideraciones de Oscar del Barco. Si uno se detiene un instante, no demorará en concluir que ni Dios se atrevió a lo que del Barco en su carta a La Intemperie: cifrar la complejidad de lo real en el “No matarás”. Sin embargo, señor director, ni Dios cifra las Verdades que trascienden la trama humana ni Oscar del Barco es Dios. Por eso, veo en su postura menos un acto de contrición que un vulgar reduccionismo.

Disiento con esa operación que consiste en restringir ‘la Verdad’ a un precepto. Un precepto, aún uno tan sagrado como el ‘No matarás’, incurre en la “bastardía” si no se lo aprehende en la complejidad de las contingencias históricas. Por ello, frente a la postulación unívoca de mandatos, reivindico la confrontación, y validación, del precepto (‘no mataras’) en el marco de los procesos históricos concretos (validez del no matarás durante, por ejemplo, la resistencia al nazismo).

Entiendo que el precepto puede ser planteado como síntesis. Sin embargo, aún así, volvería a se-

ñalar mi disidencia y frente al ‘No matarás’, opondría el ‘Vivirás’ como fuente de toda inmanencia. Asumir el ‘vivirás’ conlleva entender que el peor de los pecados no es la terrible violación del ‘no matarás’ sino la negación sistemática, externa y enajenada de la realización humana. Este entendimiento implica una conciencia trágica.

En mí, el estremecimiento ante el absurdo de las muertes relatadas por Jouvé no es menor que la conmoción frente a las múltiples situaciones en que la vida deviene en zonas de no-vida, en un mero acaecer biológico accionado por el motor de la alineación y la injusticia estructural. Cuando la vida se vacía de vida y las causas de ese vaciamiento están institucionalizadas, la violencia es menos una opción ética de índole individual que una situación social de causa-efecto.

Del Barco sostiene: “Ningún justificativo nos vuelve inocentes”. ¿Existe espacio para la inocencia “frente a una sociedad –cito su carta– que asesina a millones de seres humanos mediante guerras, genocidios, hambrunas, enfermedades y toda clase de suplicios..”? Desde la auto conciencia de uno y de lo real, el ‘estado de inocencia’ es una variante apenas solapada del onanismo y la auto exculpación. En nuestra articulación gregaria, en la intrincada sociedad en la que nuestro Yo transcurre, casi nada de lo real es racional. Creo en la decisión conciente

que implica la reversión –la subversión–, el intento supremo de conjugar lo real y lo racional. Y creo que en este intento, en esta pulsión, es más útil la razón que la inocencia.

Esta postura no incurre en la maldad a la que alude del Barco, citando a Levinas, respecto al excluirse de las consecuencias de los razonamientos. El sostener que, quienes en los '70 optaron por la vía armada, apoyaban la muerte del Otro y esgrimían el 'no matarás' frente al riesgo de la propia vida, agrega una nueva connotación a la teoría de los dos demonios. Si a partir del alfonsinismo un vasto sector de luchadores sociales se constituyó en una de las fuerzas demoníacas de la jerga oficial, desde del Barco, a la categoría de malvados que se auto excluían de sus razonamientos, se le puede sumar la de imbéciles que ni siquiera discernían las consecuencias de los mismos.

Sin embargo, sostengo que el acto violento no emana de lo abstracto sino de lo concreto. No lo justifica ningún alto o bajo idealismo, sino la crasa materialidad –y contingencia– desde la cual la Historia se corporiza en la carne y la trama de los hombres. Gandhi reformulado: “De la injusticia nace la violencia que engendra la violencia”. Toda no-violencia que surge –y no modifica– el actual estado enajenado de la vida solo muda lo violento de un estado coercitivo concreto a uno simbólico. ¿Es esto

una vindicación del homicidio, una apología de la violencia? No, es obvio que el 'vivirás' no es dicotómico con el 'no matarás'. Lo contiene medularmente. Pero lo trasciende, a menudo de modo fatal, y en su concreción acepta el riesgo que implica ejercer su voluntad de poder, de rebelión y de goce. ¿Un hombre es todos los hombres? A menudo, no. ¿Por qué esa necesidad, que no vacilo en calificar de totalitaria, de diluir la particularidad en la generalidad, de sanear la complejidad de los acontecimientos de barbarie remitiendo al universal 'hombre', 'causa', 'patria'? Goebels no era Walter Benjamín. Eva Braun no era Ana Frank. El espacio del universal 'hombre' que compartían era infinitamente menos importante que la singularidad de ideas y roles que los enfrentaban en el marco de su sociedad y su tiempo.

Muchos mea culpa, en la Argentina y por estos días, citan a Aramburu como caso testigo. Abordemos esto en sus diversas aristas. Símbolo del golpe de estado del '55, responsable de la masacre por el bombardeo a Plaza de Mayo, impulsor, junto a Isaac Rojas, de la proscripción al mayor movimiento político del país, ideólogo del secuestro del cadáver de Eva Perón y de todas las metáforas que de esa profanación surgen. La impunidad de sus actos emana de la realidad que 'él', desde su posición de poder, configuró de modo determinante. Una digre-

sión: el ‘él’ que acabo de nombrar no designa al individuo Pedro Eugenio Aramburu, católico, militar, padre amoroso –o no– de familia argentina, sino al Aramburu sujeto político y simbólico que reunía en sí a la suma de individualidades argentinas que, al reconocerse en su accionar político, lo convertían en emblema de poder. En esta dimensión de ‘lo Aramburu’, el individuo es ‘contribuyente voluntario’ del emblema de poder y del usufructo que este acarrea. Así, la existencia y esencia de ‘lo Pedro Eugenio Aramburu’ se ha desplazado de su sacralidad universal y humana a su particularísima función de poder.

¿Qué se hace en el marco de una sociedad donde lo real es un acto de fuerza, un movimiento cuya dinámica es la supresión y la manipulación arbitraria de las leyes y los derechos? ¿Se presenta en el juzgado de turno una demanda por mal desempeño en el ejercicio de sus funciones? No, se desautoriza a quien desde su ejercicio del poder hace de la vida una zona de no-vida. Ahora bien, no de esto se deriva automáticamente un ‘matarás’ tan histérico como el ‘no matarás’ de del Barco. Sí se deriva la reducción drástica de los espacios de diálogo y el arribo a esas instancias de confrontación que, con frecuencia, sólo se saldan con la imposición de una parte sobre la otra. Trágicamente, esta confrontación, en ocasiones, conlleva la muerte. Aramburu

llevaba en sí la forma de su refutación. Repito que esto se emparenta menos con lo ético que con la lógica. Y repito, también, que esto es trágico. Conciente o alienado, el individuo Aramburu resigna lo sacro de su Ser, al volverlo un instrumento de opresión. Es ese acto, el de devenir sujeto y verbo de la opresión, el que de modo trágico, resiente el valor absoluto del ‘no matarás’.

Aramburu no era todos los hombres. Aramburu no era Valle ni ninguno de los fusilados en los basureros de José León Suárez. En alguna instancia del Ser todos somos sagrados pero en alguna instancia el Ser deviene en función y el verdugo no es la víctima ni la violencia de los unos es igual a la de los otros. Del Barco llama a esto “lógica criminal”. En algunos casos, compartiría la denominación. En otros no y usaría denominaciones como ‘lucha de clases’, ‘resistencia’, ‘revolución’, ‘movimientos independentistas’ o ‘terrorismo’ o ‘estupidez’. Indicaría, también, que cada denominación lleva implícito su juicio de valor... Apretar el gatillo acarrea consecuencias distintas a las que trae aparejadas recibir las balas que el gatillo disparó.

Una obviedad en torno a los procesos históricos: que la refutación de Aramburu haya corrido a cargo de personajes de una mediocridad tan sin fisuras como la de Firmenich le añade a la naturaleza trágica de la vida, el elemento absurdo. Si antes no

bastaba con el ‘no matar’, ahora la supresión del símbolo dictatorial tampoco alcanza. El absurdo potencia lo trágico. Ver un líder revolucionario en un viejo general bonapartista acciona motores que funcionan con sangre y son un buen ejemplo de que, en la complejidad socio política, no es ninguna inocencia natural –¡como se parece esta noción a la del pecado original!– sino un ejercicio ético y agudo de la razón, el mejor antídoto contra enajenaciones como las relatadas por Jouvé. Y aún esto no es ninguna garantía.

La violencia política da, no para una carta, sino para un tratado infinito. En cierto modo ese tratado se viene urdiendo desde que el hombre es hombre. Pero ya sea como panfleto, carta o tratado es de esperar que el tema sea abordado en sus insoslayables dificultades y, acaso, irresolución.

El reduccionismo necesita, de un modo u otro, un supra-orden a donde remitir sus actos e ideas. Es interesante la confesión de del Barco respecto a su adhesión al PC ruso en un momento en el cual, lo lógico desde su matriz ideológica era esa adhesión y la consecuente auto represión, frente a la evidencia de los crímenes con los que el stalinismo había consolidado su poder. Del Barco ha mudado, obviamente, de significantes y significados ideológicos y políticos. La mudanza, sin embargo, no ha operado en la mecánica de su pensamiento. Continúa nece-

sitando un marco, una zona sagrada a la cual remitirse, un Dios (aunque sea sin Dios), un orden total en el cual enmarcar sus ideas y sus enunciados. Si fue stalinista durante el stalinismo, es anti-stalinista ahora que el rechazo total de la experiencia soviética constituye la médula de los discursos dominantes. Si antes dijo (aunque sea un decir sin decir) “la implementación del comunismo tolera el precio del gulag”, ahora, manifiesta desaforado ‘no matarás’. Ayer y hoy, el reduccionismo es el instrumento para convalidar las ideologías dominantes de turno. En ese contexto la similitud de discursos entre del Barco, Neustadt o Grondona no es un argumento. Pero tampoco una mera coincidencia.

Hernán Tejerina
Ciclista

Carta de Diego Tatián

Pensar más allá de la guerra

Sr. Director:

En una línea casi inadvertida de su carta publicada por *La intemperie* del último diciembre, sobre el final, dice Oscar del Barco: “este no es un razonamiento”. ¿Qué significa que no es un razonamiento? ¿Qué es, si no un razonamiento? Esta pregunta me parece central para saber ante qué estamos. Si de repente nos encontramos frente al mingitorio invertido y firmado en su base con el que en 1917 Marcel Duchamp dejó una de las marcas decisivas de la historia del arte, sería desacertado querer orinar en él, pues lo que ese objeto está diciendo es, precisamente, “esto no es un urinario”. Tengo la impresión de que la carta de Oscar del Barco es como un urinario invertido en el que, por desconcierto, sólo se ve un lugar donde orinar.

“Este no es un razonamiento”. A lo mejor, por eso mismo, se sustrae a las dinámicas más corrientes de la vida intelectual como el debate, la discusión y la crítica –que sin embargo, como es obvio por el último número de *LI*, ha tenido la virtud de promover–. Según creo se trata de un texto que se

presta más bien a un diálogo –como Luis Rodeiro, también yo entiendo que es la manera mejor, si no única, de aproximarse a ciertas cosas que sólo dejan decirse por el balbuceo y la media voz–. Porque el pensamiento no admite ser reducido a la argumentación, ni a la comunicación, ni siquiera a la inteligencia, por eso mismo no siempre el debate es su mejor formato. En el sentido que confirma nuestra condición de hombres, el pensamiento no está exclusivamente reservado a los locuaces, ni a los inteligentes, ni a los expertos, ni a los intelectuales; pensar puede *cualquiera*. Propongo que prendamos un fuego para continuar la conversación en torno a él, como si se tratara de una escena arquetípica en la que un conjunto de seres humanos a la intemperie buscan desentrañar el sentido de las cosas y procuran construir una lucidez que ayude a enfrentar lo que consterna.

Desde hace treinta años, una minoría decisiva de argentinos no ha dejado de repetir: “aparición con vida”.

Hace tres años y medio, una mayoría de argentinos se pronunció en la expresión: “que se vayan todos”. El año pasado, el mismo en el que el Estado argentino reconoció por primera vez haber sido terrorista –y esta coincidencia, o más bien esta oportunidad, no es insignificante–, Oscar del Barco arroja en una revista de izquierda, como si fuera una pie-

dra en un estanque demasiado tranquilo, la frase “no matarás”.

No se trata de forzar aproximaciones ni, por eso mismo, de salvar distancias. Pero se impone una primera evidencia: “aparición con vida”, “que se vayan todos”, “no matarás”, no son razonamientos. Pero no por ello “reducen” (como erróneamente dice Hernán Tejerina en su carta) sino más bien expresan lo imposible, lo inexpresable y lo inaccesible para el léxico científico-social, la fraseología periodística o los debates. Por eso mismo se trata de sintagmas que no resisten la literalidad; quien los somete a ella simplemente no los pone a foco. En su imposibilidad, en su puro estado contrafáctico, en su simplicidad, “aparición con vida” y “no matarás” a mi modo de ver dicen lo mismo; no sólo no son enunciaciones reductivas sino que logran presentar lo impresentable, designar la decantación de un dolor común que de ninguna manera puede decirse si no así. Más aún, “no matarás” denota exactamente el significado último de todo lo que, en su fragilidad, desde hace ya varios decenios es protegido por los organismos de los derechos humanos en la Argentina y en el mundo.

Resulta curioso que el problema más importante planteado por la carta de Oscar del Barco, haya sido casi pasado por alto en los textos que le contestaron –me refiero al problema de la “responsabi-

lidad”: abandonar la coartada de la Historia, asumir la primera persona y hablar en primera persona-. La discusión se concentró casi exclusivamente en el mandamiento de no matar y su pertinencia o no. El núcleo –insisto: más allá de toda literalidad– al que apunta la expresión “no matarás”, tal vez no es aprehensible empíricamente ni políticamente, ni, en efecto, se verifica en lo real –aunque sin embargo quizás ilumina los hechos, la política y la realidad en la que interviene-. ¿Es por ello una posición “fundamentalista”, “mística” o “histórica”, como se repite con insistencia en algunas de las respuestas que obtuvo? ¿Ayuda en algo, en orden a la comprensión, esa adjudicación de términos? A mi modo de ver el interrogante correcto frente a esa carta es: ¿piensa o cierra? ¿Produce pensamiento –lo que no quiere decir acuerdo– o sólo tiene voluntad de efecto y expresa un interés privado? ¿Anula el deseo de igualdad y de libertad o es capaz de componerse positivamente con él? ¿Bloquea la comprensión o la enriquece agregándole una dimensión imprescindible de aquí en más?

Entiendo que no se trata –ni es el sentido de la carta de Oscar– de condenar anacrónicamente a quienes en los años setenta se vieron envueltos en la lógica de la violencia o creyeron que la vía armada era la mejor, sino de contribuir para que el relato actual que seamos capaces de forjar sobre todo ello

no sucumba a la mentira, la deshonestidad, la auto-complacencia, el (auto) engaño o la simple ingenuidad. No creo que el Che haya sido un “asesino serial” –sí me parece que en tanto manera de entender la política y la acción política el guevarismo ha tenido efectos desastrosos, aún no adecuadamente revisados por la izquierda–. Por muchas razones no comparto la “teoría de los dos demonios” –aunque tampoco la que presenta las cosas como si hubiera habido demonios de una parte y ángeles de la otra–.

Habrà un momento, tal vez, en el que el urgente y necesario reclamo de justicia (o más bien de castigo, pues ¿qué podría significar hacer justicia?) ceda terreno a la posibilidad de pensar por fuera de esa urgencia. Probablemente lo único que puede producir ese momento liberador es, precisamente, el castigo. Y entonces, a lo mejor, seremos capaces de plantear interrogantes nuevos. ¿Es posible sustraerse a la guerra de las interpretaciones –que es potencialmente infinita, por más que como en cualquier guerra haya vencedores y vencidos–? ¿Hay manera de salir de la guerra? De la respuesta a esta pregunta –que no es epistemológica, ni tampoco solamente teórica– depende la posibilidad de producir una comprensión más extensa y más intensa de las implicancias que reviste actuar con otros y contra otros –eso que llamamos política–. Tal vez

ese tránsito ha comenzado, muy lentamente, a tener lugar. Si no me equivoco, la carta de Oscar del Barco –con independencia de si acordamos o no con ella– se orienta en esa dirección.

Otras cuestiones, tal vez indecibles en lo profundo, son convocadas aquí ¿Es posible la transmisión en política? ¿Es posible la experiencia y una acumulación de la experiencia? ¿Afecta la voluntad de quienes repiten el anhelo de cambiar el mundo la palabra decantada y desencantada de los que la han malogrado –o la historia ha malogrado– y sólo disponen de su lucidez? Las respuestas no son obvias. Lo que se halla en juego es el problema del legado y su posibilidad. Ese legado, si es posible, deberá estar a la altura del deseo, la experiencia y la derrota de lo que tal vez haya sido la mayor y más extraordinaria voluntad de justicia vivida por la historia. Quizás la expresión “no matarás” sea el legado paradójico de ese tesoro perdido.

Diego Tatián

Carta de Héctor Schmucler

Queridos Oscar, Nicolás, Alejandro. Los relámpagos iluminan la noche. Escribo la frase anterior, que sin duda he leído muchas veces en otros lugares, y me sorprende empezar con una descripción tan inmediata sobre lo que veo a través de mi ventana. Pero ahora la releo buscando las próximas palabras y creo reconocer los signos de otro mensaje. No me apresuro porque, efectivamente, es la noche, y los relámpagos en la noche, de este sábado 29 de enero. La tormenta me rodea mientras pienso en ustedes, mientras escribo esta carta que existe porque ustedes escribieron otras que he leído y me han inquietado. ¿Signos de otro mensaje? La noche, afuera, se fragmenta. Los relámpagos persisten y descubren rugosidades que la oscuridad antes suavizaba. Sé, sin embargo, que no intento describir el encanto de la naturaleza; sé que los relámpagos son metáforas. Imperiosas iluminaciones que admiten y concentran sentidos insospechados; la luz construye –o convoca– esos sentidos. El cielo y la tierra reconocen su distancia mientras mi mirada los unifica. Describo lo que creo ver, aunque también es cierto que al comienzo, apenas había anotado el vocativo con el que los llamaba a ustedes a leer, tuve la percepción de que la carta de Oscar del Barco

enviada al director de *La intemperie* había sido como un relámpago estallado no en medio de un cielo luminoso sino en un espacio donde transitaban nuestros espíritus y que mostraba preocupantes nubarrones.

Allí están las cartas de ustedes a las que ahora se agrega la mía. Hablan del mundo pero no vacilan en exponer nuestras intimidades; un gesto que privilegia la amistad sobre cualquier diferencia en el tratamiento de las ideas. No es sólo la convicción compartida de que las biografías importan como documento de fidelidad al pensamiento, sino que la vida, nuestras precisas vidas, han cruzado con más intensidad la experiencia de existir que la búsqueda de ordenadas especulaciones. El “director” de *La intemperie*, a quién Oscar dirige su carta, lleva mi apellido y Nicolás lo recuerda explícitamente, lo nombra como mi hijo, como el hermano de Pablo, desaparecido, seguramente asesinado hace 25 años. La de Oscar era una carta *en la intemperie*, sin protección, sin reaseguro, en un acto similar al que había realizado enfrentándose cara a cara con el general Menéndez para increparlo por sus crímenes, para mostrarle su repudio a compartir con él un mismo espacio. Un relámpago desamparado en la intemperie: desnudez repetida, apertura multiplicada. El relámpago, fugaz y perfecto, como forma de verdad que sorprendía a Walter Benjamin: la vida,

la muerte, la revelación amorosa y también la revelación divina, aparecen como relámpagos; una luminosidad imprevisible e irrefrenable. La oscuridad ha quedado quebrada y la noche, cuando regresa a su maciza oscuridad, sabe que ha sido herida. La memoria retendrá la luz y las consecuencias son incalculables.

El escenario que se extiende más allá de la ventana se me impuso sin duda porque la idea de relámpago, la idea de que la carta de Oscar fue como un relámpago, me ronda desde que la conocí en una primera versión que su amistad me quiso confiar y que a mí me pareció oportuno compartir con Nicolás, Ricardo y Alejandro porque hace tiempo que los temas que recorren la carta salen y entran en nuestras conversaciones. A veces –lo veo ahora– quedaban agazapados, postergaban los nombres buscando el momento adecuado para que sean pronunciados. Sobre mi mesa están las copias de las cartas de Nicolás y Alejandro y las que Oscar les escribió luego de recibirlas. Sé que hay otras cartas derivadas de la publicación de la de Oscar, que casi no conozco. Las de ustedes, Nicolás y Alejandro, son las que me importan, las que me interrogan, las que me quitan el sueño llamándome a un estado de vigilia que ojalá sea de lucidez. Nada de lo que se dice me es nuevo; pero tienen una intensidad inusitada. Mi vida ha sido ya larga y en su transcurso

más de una vez tuve la convicción de que había senderos que ya no quería transitar. A veces me pregunto porqué, además, no estuve en condiciones de arrepentirme. En ese caso, me digo, tal vez hubiera podido optar por caminos que no llevaran necesariamente a multiplicar las equivocaciones. A esta altura no puedo evitar cierto tono confesional y lo que escribo da cuenta, seguramente, de ese tipo de verdades que nos invade sin demostraciones previas y de las que resulta imposible renegar. Abrirse a los otros, a ustedes, incluye el pequeño escándalo de mostrar cicatrices, marcas que no tienen porqué ser jubilosas ni invitar a la jactancia.

En la carta a Alejandro, Oscar le sugiere que sus líneas tal vez sólo sean un eco de “El grito” de Munch. Me contagia el desgarró y la abrumadora claridad de las preguntas que se agolpan en ese grito cuya sorda estridencia es un llamado que clama por nuestra respuesta. Todo depende de nuestra voluntad de escucharlo. El Ulises de la gesta homérica señaló el camino más frecuentado por una humanidad que (la cita es lugar común entre nosotros) ha ido acumulando ruinas a sus espaldas desde un tiempo ilimitable aunque, para los que no nos hemos despojado del mito judaico, en el principio pueda reconocerse la marca de Caín cuyo acto asesino se repite sin tregua en la historia. El consejo de Circe a Ulises tiende evitar cualquier respues-

ta a la voz verdadera de las Sirenas: o no escucharlas o tramar las condiciones para imposibilitar la respuesta. Ulises taponó los oídos de sus remeros y él mismo se hace amarrar a un mástil para evitar toda tentación. La sentencia bíblica que aconseja “tener oídos para oír” no es muy distinta a la fábula de *La Odisea*. Tal vez la pobreza de nuestras vidas cuando sólo procuran escapar a la tragedia que inevitablemente nos envuelve, se sintetice en esta incapacidad de oír. Pero Ulises, antes de escuchar las indicaciones de Circe, ya había decidido seguir adelante. Hemos optado por no escuchar, por separar el arte del conocimiento, por no dejarnos arrastrar por las preguntas; hemos optado por creer que la política puede prescindir de una ética que trasciende el vivir calculante y que nos coloca en las huellas de lo absoluto, de lo infinitamente riesgoso. La fatiga taponó nuestros oídos y nos atamos a un vivir, a un decir que detestamos en el hablar pero que, como Ulises, ya tenemos resuelto no abandonar.

Amigos míos, ¿qué no supimos escuchar en nuestras vidas? Estamos en el límite de descubrir que el no haber escuchado no nos hace inocentes y nos obliga a desechar el repetido ejercicio de apiadarnos de nosotros mismos o al revés: apiadarnos profundamente por la pérdida de nuestras vidas entretenidas en murmullos tranquilizantes, discursos ar-

moniosos que nos impidieron ver. Cuando tantas veces nos hemos preguntado por el misterio que nos rodea y que con frecuencia se nos presenta como un peso insoportable y al mismo tiempo bienvenido; cuando el dolor abandona las estadísticas y nos atraviesa como puro dolor, cuando celebramos la palabra porque nos abre a lo inconmensurable, lo indecible, ¿de qué hablábamos? No puedo leer nada sino a través de mi vida. Sé que exagero al destacarlo porque puede resultar obvio, repetido: la memoria de la vida de cada uno, lo sepamos o no, está presente en cada acto. Visto así, y lejos de aceptar algún determinismo que cancele la idea de libertad, no puedo evitar preguntarme qué ha sido mi vida (¿“dónde está la vida que hemos perdido en vivir”?, interroga Eliot); a qué debo responder, es decir, de qué soy responsable, a qué me obligan –sí, me obligan– los poemas que he leído y repetido, los dolores que he padecido, los entusiasmos que me exaltaron, los amores que triunfaron sobre la nada y las esperanzas que no pudimos evitar que se murieran.

Las cartas de ustedes hablan de mí tanto como ésta; me interrogan y son exigentes en una respuesta que va mucho más allá de cualquier argumentación. ¿Fue puro ruido lo que escribí hace 25 años, cuando quería entender la suerte de mi hijo desaparecido –entender, digo, y no sólo saber cómo fue,

cuándo, dónde, quién, aunque me desesperaba por conocer todo esto, porque tal vez hubiera sido el comienzo de algún consuelo que nunca llegó—? Ya entonces se abrió en mí, a través del relato de los que convivieron con la muerte en los centros clandestinos de reclusión y habían seguido vivos, un mundo de verdades más intensas que las clasificaciones estereotipadas, esas que nos permite juzgar sin riesgo y reposar como víctimas en las páginas de la historia. El orden de los héroes y cobardes, de leales y traidores, de víctimas y victimarios, de justos y réprobos, se diluía ante una realidad en la que existían culpables sin matices pero resultaba confuso hablar de inocencia, donde las responsabilidades compartidas no disminuía ni un ápice la criminalidad innombrable. En mi impotencia por salvar a mi hijo se me reveló el peso de una carga de la que hasta entonces no era conciente y supe de las responsabilidades de quienes me acompañaban así como de las infinitas maneras con que se intentaba eludirlos. Seamos claros: yo (no sólo yo por supuesto) había intentado que Pablo, mi hijo guerrillero, probablemente buen tirador y riguroso en los duros principios de la organización Montoneros, desertara de una guerra que a mí me parecía inútil y que él la sabía perdida. Su desertión era mi forma de salvarlo. En mi vida nunca había deseado algo con tanta vehemencia. Los que continuaban ofuscados

en el color de la sangre y en la razón de la muerte preferían incorporarlo en el triste listado de los héroes sacrificados; Pablo optó por este camino. Por pensar de esta manera, por escribirlo para que la desesperación pudiera ayudar al entendimiento, algunos amigos y yo fuimos acusados, ya entonces, de habernos pasado al bando enemigo. Ahora las cartas están sobre la mesa y no comprendo que aquel momento pueda ser tocado por el olvido. En mí memoria aquella guerra llena de crueldades es la infame muerte de Pablo, para la cual no hay compensación posible; es el fracaso en mi intento de que desertara. Pienso en mis corresponsales de hace 25 años y me pregunto qué fibras tocaban mis escritos que los obligaba a taponar sus oídos para no oír argumentos que ahora resultan banales. ¿Qué cuerdas, ahora, ha puesto a vibrar la carta de Oscar que resultan mortificantes? ¿El correr de los años facilitará la aceptación de que el asesinato como tal es repudiable e incomprensible para quienes aspiran a un mundo en el que la vida humana sea irremplazable? ¿Es tan difícil comprender que condenar el asesinato porque ningún ser humano debería creerse con derecho a negar la vida de otro, no significa aceptar las ideas del otro y claudicar en la lucha por establecer otras condiciones de existencia? Estamos atravesados por todos los derrumbes de los que fuimos testigos. Vivimos con ellos y

no a su margen. No existen, por lo tanto, excusas para los ocultamientos. Aunque la verdad, antes y ahora, sea un prejuicio, no tenemos otra posibilidad que correr en su búsqueda ignorando el cálculo instrumental que pretende reemplazarla. La verdad está cerca de la estéril felicidad del conocer, lejos de esa instrumentalidad que desde hace años hemos colocado en la mira principal de nuestra crítica.

Así, amigos, fueron siempre nuestros encuentros: pensábamos la política desde la ética aunque el sistema (dentro del cual ahora reconocemos rostros familiares) se mofara de nuestra inadecuación con la época. La política siempre fue para nosotros una manera de pensar el mundo y por eso renegamos del saber como camino al poder. Habíamos puesto en cuestión, justamente, el poder, el sistema de dominación, porque veíamos que allí los hombres se volvían cosas. No sabíamos (y el no saberlo debería llamarnos al arrepentimiento) que trabajábamos para que todas las cosas (los hombres entre ellas) simplemente pasaran al servicio de otro poder. Hoy lo sabemos y podríamos pensar que hemos avanzado en la verdad. También que se acrecienta nuestra responsabilidad. ¿Cuándo, entonces, resulta conveniente o inconveniente expresar los pensamientos? Siempre hicimos nuestro el “pensar a contrapelo” benjaminiano y afrontamos, casi orgullosamente, el malestar de lo inconveniente. Lo correcto política-

mente evita el peligro del descalabro pero nos inunda de gris. Si todo está marcado por el cálculo (es sugerente la resonancia mercantil de la acumulación de fuerzas como principio rector de la política) cualquier idea de iluminación es irrisoria. El misterio no tiene cabida en la diagramación de lo conveniente. Pero sin el misterio, querido Nicolás, querido Alejandro, nuestras manos, por decir nuestras almas, quedarían vacías, no sabríamos qué hacer con ellas.

Justamente Oscar comienza su carta con un relato que sólo entiendo en el espacio de la iluminación: otra manera de conocer lo ya conocido. Cuarenta años antes Oscar daba clases en un colegio de Bell Ville y allí, en la casa de un común amigo, conoció a Ciro Bustos, integrante de un grupo guerrillero inspirado por el Ché y que se proponía instalar un foco insurreccional al norte del país. Ernesto Guevara pensaba en el mundo, en una especie de final batalla en la que el bien socialista derrotaría al mal capitalista aunque fuera al precio de un cataclismo nuclear. Orán, casi al límite entre Salta y Bolivia, sería uno de los puntos de arranque. Oscar y sus amigos de la revista *Pasado y presente* éramos convocados al comienzo de la historia. Mi memoria no se abre con facilidad a las evocaciones de esos días y me pongo en guardia contra la tentación de inventar recuerdos. Está Oscar, de regreso a Córdoba,

contándonos su encuentro con Ciro Bustos; está después el propio Ciro, su fragmentario relato, mi escucha cargada de interés y escepticismo; está nuestro pasado reciente en el Partido Comunista de donde fuimos expulsados por publicar *Pasado y presente*; está nuestra admiración por Cuba, nuestra convicción de que la Revolución era posible y que los partidos comunistas prosoviéticos la frenaban con su reformismo. Está la casa de Oscar, donde se alojaba Ciro Bustos y una despedida en el aeropuerto (Ciro viajaba a Salta porque era inminente el comienzo de las acciones) donde tuve la sensación de que el avión que se perdía entre las nubes era portador de la Historia. Y poco más. Salvo que, por nuestra mediación, se habían incorporado al foco guerrillero un grupo de jóvenes de Córdoba. Luego la historia fue una burla. Un juego sin grandeza con la muerte, hueco e intrascendente. Ustedes conocen algunos detalles. La memoria colectiva argentina no se detiene en el Ejército Guerrillero del Pueblo que se empezó a desintegrar tras algunos meses de andar a los tumbos, dolorosa parodia de sí mismo, sin un solo enfrentamiento con las fuerzas que pretendía derrotar y con tres condenas a muerte a integrantes del propio grupo: una en Argelia y dos en el campamento salteño. A estos últimos se refiere Héctor Juvé en la entrevista publicada por *La Intemperie*. El asesinato de Adolfo

Rotblat por sus propios compañeros es el momento consternante que inspira la carta de Oscar; seguramente merecía una atención raigal en las cartas de Nicolás y Alejandro. El asesinato (¿de qué otro modo llamarlo?) del Pupi Rotblat impide hacer cálculos, sumas de datos positivos y negativos. Cualquier argumentación justificatoria asentada en principios de dignidad y justicia queda deshecha frente al crimen absurdo que sirve como instrumento de cohesión (¿en qué se diferencia del terror?) al grupo de hombres que sostienen la voluntad de llevar adelante esos principios. Casi un siglo antes lo había descrito Dostoievski en *Los endemoniados*: Rotblat es Shatov, asesinado por abstractas razones en la que la sangre hermana a los “revolucionarios”. Cuando “todo es posible”, incluida la decisión sobre la vida de los otros, la ignominia pierde el nombre, el desamparo es infinito porque la omnipotencia desplaza el amor que nos hace responsables de los otros. Kirilov, que en el drama dostoievskiano se suicida para demostrar la inexistencia de Dios y el poder soberano de los hombres, ofrece el razonar desnudo: “Todo hombre es su propio dios; yo soy dios y no hay más dios que yo”. Juvé recuerda: “También se hace un juicio contra el muchacho bancario (Bernardo Gronwald). Ese juicio termina en un fusilamiento. Estuvimos todos cuando se lo fusiló. Realmente me pareció una cosa

increíble. Yo creo que era un crimen, porque estaba destruído, era como un paciente psiquiátrico. Creo que de algún modo somos todos responsables, porque todos estábamos en eso, en hacer la revolución”. El peso de la muerte, de lo absurdo, de lo inmisericorde, del hundimiento en la nada, es el grito de Oscar desde un dolor inenarrable (¿quién, mis amigos, no ha sentido alguna vez que todo su cuerpo se transformaba en un dolor inenarrable?) que clama por ser escuchado, porque el grito contiene el silencio del asesinado, porque sus manos se han vuelto sospechosas de haber empuñado el arma que remató a quien podría haber sido su hijo.

Sin embargo, queridos amigos, no es sólo el registro de las interminables muertes, aunque repugne hasta el martirio, lo que toca nuestras fibras. No es sólo la contemplación de nuestras vidas gastadas con generosidad en construir campos de muerte mientras proclamábamos (porque lo creíamos) que estábamos trabajando para que la vida fuera posible en todo su esplendor. No es sólo un fracaso lo que ahora reconocemos con mirada perpleja. Tanto como la contemplación de la muerte, me consterna nuestra responsabilidad por ella y permítanme la evidencia de señalar que esta responsabilidad nada tiene que ver con los encuadres jurídicos que legitiman una pena. Se trata, y no puedo dejar de repetirme, de una obligación de *responder*, de un sentir-

se responsable que sólo corresponde a cada uno, que ningún igual puede enjuiciar, que ningún castigo puede saldar. Hablo (y el eco de Levinas es evidente) de una responsabilidad primordial, previa a todo acto, que acompaña nuestra condición humana y que deriva de la fundante responsabilidad por el otro tanto como de la libertad que nos permite decidir y sin la cual la idea misma de lo humano se desvanece.

Por condenable que sea, insisto, no es sólo la multiplicación de la muerte lo que empaña la acción revolucionaria; no es el costo en vidas lo que hace titubear la *idea* de revolución, en cuyo nombre se actúa, cuya búsqueda justifica todos los caminos y cuya presencia impregna de verdad los actos de quienes actúan en su nombre. Es duro el desafío para quienes sabemos que el ciclo de nuestras existencias ya puede presentir su final, pero si no nos atrevemos a poner en duda la idea de revolución el espíritu confundido de nuestra época terminará de morir en un extenso gemido. Y se entiende que no se trata solamente de los caminos a seguir para alcanzarla. La bienvenida discusión sobre la lucha armada corre el riesgo de llevar a la creencia (como ocurre en la ciencia) de que hay métodos independientes de los fines. Como en la ficción de Dostoyevski, cuando la revolución ocupa el lugar de Dios, los hombres (que son quienes piensan la revolu-

ción) se encuentran habilitados a actuar como dioses, la “razón revolucionaria” se autojustifica, no hay otra libertad que la que se deriva del reconocimiento de la “necesidad” revolucionaria. Entiendo tu incomodidad, Nicolás, cuando no compartís el texto de Oscar porque abre una polémica “sobre una extensa generación de sobrevivientes de la lucha armada”. Pero ¿quiénes son –o somos– los sobrevivientes de la lucha armada? ¿Aquellos que estaban en condiciones inmediatas de morir, como los pocos (es pequeñísimo el número si se lo compara con los que murieron) que salieron con vida de los centros clandestinos de detención? ¿Los que eludimos el riesgo de la muerte exiliándonos, es decir abandonando el campo de una batalla en la que decidimos dejar de participar porque ya no nos interesaba, porque se nos impuso el miedo o porque se nos hizo evidente un error que sólo viviendo podríamos redimir? ¿Los que permaneciendo en la Argentina pudieron sortear el riesgo a que los exponía el haber participado, directa o indirectamente, en las acciones que la dictadura buscaba suprimir? ¿O sobrevivientes somos todos porque todos estuvimos en peligro, los nacidos y los no nacidos, los de un bando y los del otro, todos los que sin saberlo plenamente llevamos la marca de una época de oprobio de la que yo no puedo despegarme porque las cicatrices me marcan y no quiero disimular-

las aunque se hundan en mi propia responsabilidad por lo ocurrido? Estar vivo, creo interpretar a Oscar, obliga a hacernos responsables hasta por los muertos.

Si alentáramos reflexionar sobre todo esto desaparecería el riesgo de caer en los frívolos remedos que constituyen los “debates” periodísticos sobre lo que con tanta razón alerta Nicolás. Sólo arriesgando ser “inconvenientes” sortearemos el chantaje –de derecha y de izquierda– que quiere obligarnos a reconocer como realidad sólo el pragmatismo de los triunfadores. Vivimos en el irresuelto enigma del lenguaje por el cual la palabra “crimen”, utilizada por Shakespeare, nos coloca en el límite donde la claridad se separa de las sombras, y la misma palabra, en boca de algún conductor televisivo se vuelve desperdicio del que se alimenta la infamia humana. No es menor el tema, aunque no sea puntualmente el de esta carta. Pero si no es éste, si el sentido, la responsabilidad a que nos obligan las palabras deja de ser nuestro tema, ¿cómo podemos seguir hablando? ¿Cómo abandonar aquellos interrogantes si nosotros venimos de un largo, incesante repudio a la vacuidad del charlatanismo, si no hacemos otra cosa que espantarnos ante la insignificancia que crece en el mundo, si todavía creemos que la filosofía, el arte y el amor (todas presencias de Eros) no son meros adornos de nuestra impoten-

cia ni sólo ocurrencias de precisas exposiciones académicas o de escritos que nos recortan un lugar (y a veces una paga) en las instituciones que enfrían el mundo? ¿Cómo marginarlas si sentimos que están en la raíz de nuestras angustias pero también en nuestros estallidos de felicidad? Ninguna ética que merezca ser considerada –lo hemos insinuado cien veces– desprecia el ámbito de lo cotidiano. Ninguna abstracción debería tolerar un actuar que contradiga lo que dictan nuestras teorías. Estamos obligados, atados a un contrato primordial, ligados –también en la vislumbre religiosa del término– a hacernos responsables de cada sí y de cada no que pronunciamos, porque sabemos que para cada sí hay un no disponible. Porque nos hemos escuchado afirmar en repetidos diálogos que la renuncia es nuestra última e inexpugnable garantía.

Los abrazo, Toto

Carta de Christian Ferrer

Señor Director:

No es tan fácil matar. La inmensa mayoría de las personas que viven en el mundo jamás lo ha hecho y probablemente nunca lo hará. Por otra parte, esos millones de personas no suelen pasar sus días discutiendo sobre la “fatalidad histórica” de arrancarle la vida a otros seres humanos. Milagrosamente, y desde un principio, la necesidad imperiosa de conservación de la propia vida no condujo a la extinción de la especie sino a la comprensión y aceptación de la simétrica necesidad de autoconservación ajena, y es por eso que la historia humana no puede ser relatada únicamente como la crónica de un matadero. Para poder matar, primero es preciso estar enrolado en profesiones legitimadas o especializadas en el arte de matar: se debe ser verdugo, policía, militar, mercenario, linchador, sicario, terrorista, torturador, o bien revolucionario –según se desprende de ciertos argumentos enviados a *La Intemperie* a modo de contestación a Oscar del Barco-. Y cada una de esas profesiones viene pertrechada con su correspondiente preámbulo justificativo. Pero, sobre todo, a fin de erradicar a un ser humano de este mundo es preciso disponer de permiso para

matar, es decir de una venia para hacerlo. Así, hay quienes matan en representación de un partido o de una nación; y otros en nombre de una religión o de una ideología; y aún otros en nombre del Estado o de una etnia; y no faltan quienes matan en nombre de la raza o del “contexto histórico de la lucha de clases”. Unos matan para mantener el viejo orden y otros con el objetivo de conquistar y luego salvaguardar un orden nuevo. En cambio, las personas que deben darse permiso a sí mismas para matar, raramente se lo conceden. Casi nunca.

Sin embargo, en varias de las respuestas a la carta de Oscar del Barco publicada a fines del año pasado en *La Intemperie* no sólo se evoca a las muertes causadas en el pasado en nombre de ideas de izquierda como “históricamente necesarias” sino que, además, se legitiman en forma antedatada a las ejecuciones que pudieran ocurrir en el camino a un porvenir redimido, y eso porque las “leyes” de la historia así lo reclamarían. Esta pretensión no transmite solamente una filosofía de la historia; mucho más alarmante es esta sombría prédica de la muerte ajena para el futuro, acto que solo a las víctimas, o a sus representantes, les sería lícito cometer. Como ese acontecimiento es de concreción improbable en la Argentina, la discusión concierne, más bien, a la historia y la ética de la izquierda. Se diría que los millones y millones de asesinados en

los campos de concentración soviéticos, bajo Lenin y bajo Stalin, habrían bastado para exigir de quienes difundieron esas ideas, o que aún las difunden, un acto de contrición del pensamiento; o bien el millón y medio de sacrificados por el comunismo camboyano hace apenas tres décadas; o bien los cientos y cientos de fusilados y torturados en las cárceles de Albania o de Cuba en nombre de la inmunización de sus respectivos regímenes; o al menos habría bastado el asesinato de esos dos muchachos del Ejército Guerrillero del Pueblo en el norte argentino. Pero no. Aparentemente “la historia” requiere más. ¿Qué más? ¿Acaso la toma de partido por las víctimas es el principio ético innegociable que habilita el derramamiento de sangre? El apotegma “Yo, por haber optado por los oprimidos, soy bueno, y por lo tanto mi contrario es malo”, es una presunción infantil.

Se dice en una de las réplicas que la “toma del poder” es la bisagra necesaria que posibilitará cambiar la historia. Pero entiendo que la carta de Oscar del Barco supone poner en cuestión el hecho mismo de la “acumulación y toma del poder”, por causa de sus consecuencias fratricidas. La experiencia histórica conocida permite pronosticar que los muertos eventuales de ese futuro redimido no serán únicamente aquellos en quienes se exterminaría, además, “el emblema y la función del poder”

del antiguo régimen, sino también los propios, cuando sus actos resulten impropios. Así, quienes alguna vez liquidaron a un zar se la tomaron inmediatamente contra el ala izquierda de su bando, y la exterminaron; enseguida la guadaña se descargó contra los antiguos miembros de la propia facción, que fueron despanzurrados; y al fin siguió el turno de cualquiera que tuviera cara de contrarrevolucionario, y entonces se colmaron las cárceles, pues a esos siempre se los encuentra por miles, incluso por millones. Son escenas que suceden una y otra vez en los vértices de las pirámides, señaladas a veces por el recurso a la zancadilla y otras por el del puñal. Se dice también en esas contestaciones que no existen valores fuera de la historia. Cabe agregar que tampoco existen fuera del cuerpo y el alma de quienes los encarnan. En otras palabras, cada uno es responsable del daño hecho a otros, y aquel que diluye esa responsabilidad en la “historia” se está amnistiando a sí mismo por adelantado así como también indulta a quienes debería concernirle la inevitable deliberación ética posterior a los hechos sucedidos. Caín se andaba con menos vueltas a la hora de dar la cara: “¿Acaso mi hermano está a mi cuidado?”.

Esas respuestas evidencian un pobre aprendizaje de la experiencia revolucionaria, como si las erratas históricas cometidas en las diversas “tomas de po-

der” sucedidas en el siglo XX solo interesaran a modo de correctivos, en función de serles restadas sus “ineficacias” –sectarismos, errores, voluntarismos, excesos, reduccionismos, vanguardismos– para la próxima vez. Eso se desprende de los calificativos con que se interpreta lo ocurrido al proyecto de las organizaciones de izquierda en los años setenta: “derrota” y “fracaso”, que se oponen necesariamente a su triunfo y éxito no logrados: ¿Y si se hubiese triunfado? ¿Habría valido ese acontecimiento como prueba de la bondad del proyecto y de los medios a los que se recurrió para llevarlo a cabo? ¿Firmenich habría terminado siendo el mandamás del país y Galimberti su jefe de policía? Era una de las posibilidades que traía aparejada la “victoria”. ¿Tan defendible era ese proyecto? En caso de victoria, los propios refutadores de Oscar del Barco podrían haber tenido que optar por el bando de los asesinos o el de los asesinados, si es que su edad se los hubiera exigido. León Trotsky, Ahmed Ben Bella y Camilo Cienfuegos así lo supieron. En fin, lo que está en discusión es la legitimidad de la existencia de la izquierda si es que sus predicadores no remueven las viejas certezas, una de las cuales supone que hay personas en el mundo a las que es lícito matar, sean ellos enemigos, subordinados, antiguos aliados, descontentos y así hasta llegar a los indiferentes y los tibios.

Los autores de esas respuestas no parecen haber reflexionado mucho acerca del fundamentalismo historicista que oponen al así llamado “fundamentalismo místico” que estaría implícito en la carta de Oscar del Barco. Abundan –y abultan– los dogmas de fe sociológicos: “la complejidad de las contingencias históricas”, “el marco ideológico, político, social”, “las lógicas concretas de la historia humana”, “los procesos históricos concretos”, y en alguna respuesta incluso se explica a la violencia humana como “una situación social de causa-efecto”, rebajando de este modo a la ética al rango de perro de Pavlov. Pocas veces he leído justificaciones más jergosas del acto de matar, declamadas como si fueran hechos positivistas y no posibles supersticiones modernas, al igual que lo son las concepciones de historia y tiempo que parecen estar implícitas en las objeciones antepuestas a Oscar del Barco. Son, por repetidas, trivialidades sociológicas aprendidas en segundo año de humanidades o en manuales ideológicos, difícilmente en la confrontación con las “condiciones reales de existencia humana” pues en ellas esos conceptos repetidos como si fuesen verdades autoevidentes, y no demasiado distintas de las reveladas, deberían ser confrontados contra sí mismos, o bien ser aceptados como lo que son, mitos conceptuales que, en tanto justifican el asesinato, revelan su uso bestial. La guerra –el medio

ambiente de la “acumulación de poder” – fanatiza y embrutece el alma, sin exceptuar el alma y la conciencia de los más esclarecidos. Ojalá que a los hombres del futuro todo esto les resulte poco menos que jeroglíficos, solo pertinentes para los académicos que se interesen por la historia de estas ideas, así como hoy ya hay quienes se ocupan de descifrar, analizar y disecar las siglas que las promovieron.

Por cierto, existe gente que disfruta de matar, así como hay otros que sólo gustan de mostrarse violentos, y en los momentos febriles de la historia ambos tipos de personajes suelen acoplarse a los procesos acelerados de cambio social, sin excluir las revoluciones. Son personas que, en el fondo, no necesitan manifestar que han ejecutado “trágicamente” a alguien en nombre de una idea o de la “historia”. En cambio, en una respuesta a Oscar del Barco se dice que, para un revolucionario, la ejercitación de violencia fatal sobre otro supone la asunción de una “conciencia trágica”. Presuponemos que se refiere a la tragedia del ejecutador, no a la del ejecutado. Pero, justamente, quien asume la condición trágica del acto de matar a otro no puede escudarse en los dioses, la historia, la familia o lo que sea: esa persona está absolutamente sola junto al acto cometido y no puede hacer conciencia de lo ocurrido más que desde sí mismo, bien para justifi-

carse, bien para incomprender lo hecho, bien para realizar un acto de contrición. En cambio la muerte ajena provocada por motivos de fundamentalismo historicista sólo admite esta pequeña queja: “¡qué lástima que sea históricamente necesario hacer algo tan feo!”. Es curiosa la ausencia total de la palabra asesinato en las refutaciones enviadas –abundante en cambio en la carta de Oscar del Barco– como si el exterminio de otro pudiera ser amortizado a título de equivocación funesta o de efecto no querido de la lógica social. Pero las ejecuciones no son errores. Suelen estar precedidas de una larga premeditación.

En vista de la gravedad de estos temas, no es comprensible que algunos se lamenten por el lenguaje a que recurrió Oscar del Barco. En ese tono de furia santa está contenida la voz tronante de los viejos profetas revolucionarios, que solían llamar a las cosas por su nombre. A lo largo de la historia humana ya demasiada gente ha sido pasada a degüello, y no hay disculpa legítima para una redención de los sufrientes si se pretende, *por anticipado*, justificar unas cuantas muertes más. Porque nunca le llega el turno al último. Siempre hay uno más.

Lo saluda a usted.
Christian Ferrer

Extras

❶ La experiencia vivida por los hombres comandados por Masetti tal vez no sea comprendida cabalmente sin el conocimiento de las ideas que circulaban en la época entre los grupos revolucionarios, y particularmente, la propuesta guevarista. Para quienes estén interesados, sugerimos la lectura del capítulo 25 “Vertiente guerrillera” del libro *Che: una vida revolucionaria* de Jon Lee Anderson, editado por Emecé, y *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina*, de Gabriel Roth, Editorial El Cielo por Asalto sobre el Ejército Guerrillero del Pueblo, así como *Ideología y Mito en el EGP*, de Daniel Ávalos, Ediciones Naño, Salta.

❷ Aparición de las cartas y entrevistas:

Héctor Jouvé, La Intemperie N°15 y 16
Oscar del Barco, La Intemperie N°17
Carlos Keshishián, La Intemperie N°18
Alberto Parisí, La Intemperie N°18
Luis E. Rodeiro, La Intemperie N°18
Ricardo Panzetta, La Intemperie N°18
Daniel Ávalos, La Intemperie N°17
Hernán Tejerina, La Intemperie N°18
Diego Tatián, La Intemperie N°19
Héctor Schmucler, La Intemperie N°20
Christian Ferrer, La Intemperie N°19



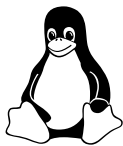
=

Todo bien con las bicis.



=

Este libro lo podés bajar de internet.



Libertine

=

La tipografía utilizada se llama Linux Libertine.

Índice de contenido

Prefacio //	5
Testimonio de Héctor Jouvé //	7
Primera Parte: La guerrilla //	7
Segunda Parte: Tiempo de cárcel y reflexiones posteriores //	24
Carta de Oscar del Barco //	39
Carta de Carlos Keshishián //	46
Carta de Alberto Parisí //	51
Carta de Luis E. Rodeiro //	57
Carta de Ricardo Panzetta //	61
Carta de Daniel Ávalos //	67
Carta de Hernán Tejerina //	78
Carta de Diego Tatián //	86
Carta de Héctor Schmucler //	92
Carta de Christian Ferrer //	109
Extras //	117

Impreso en las cordilleras
invernales de Mallín Ahogado.